

BOIS LIBROS
MASA

TERROR

LA MUERTE TRABAJA

Y OTROS
RELATOS

Frank
Martin



TERROR



© FRANK MARTIN · 1976

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00370-7

Depósito legal: M. 26.778 - 1976

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

LA MUERTE TRABAJA

**Frank
Martin**



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

LA MUERTE TRABAJA

D

E algún modo, en algún lugar, alguien tenía que descubrirlo. Era inevitable.

Ese alguien se llamaba John Smith. El lugar era la buhardilla de una casa deshabitada en la calle Bromely.

John Smith era pintor. Llegó allí temprano, por la mañana, un lunes en que el sol brillaba con luz fría y amarilla y los tejados de las casas parecían acurrucarse unos junto a otros.

Su mirada de artista abarcó los edificios de los contornos, los colocó en disposición más armoniosa, aquilató la perspectiva y el juego de luz y sombras y pensó que aquello podía ser tema para un buen cuadro. Si sabía encontrar el ángulo justo...

Pero, ¡diablos! él no estaba buscando tema para ningún cuadro. No, desde luego que no. En su cerebro había muchos temas. Demasiados temas.

Lo que John Smith buscaba era un lugar donde pintar. Deseaba encontrar un estudio. Además, tenía que ser barato. Luz del norte y agua corriente eran lujos que, de momento, no podía permitirse. ¡Qué más hubiera querido él que poder escoger!

Así que nuestro hombre se encogió de hombros mientras subía la escalera y se llevaba en sus largos dedos de artista el polvo que cubría el pasamanos de la desvencijada barandilla.

Todo era polvo, oscuridad y abandono.

Fue subiendo hacia la zona del silencio y la soledad.

Silencio... soledad... Porque los dos primeros pisos estaban completamente vacíos, tal como le había dicho el agente de la propiedad inmobiliaria, al cual había consultado. Y, al fondo del segundo, se encontraban las escaleras que llevaban a la buhardilla.

El agente le había asegurado:

—Estará completamente solo. Pero procure no salir de la buhardilla. A nadie se le ocurrirá mirar allí. Los malditos inspectores no dejan de marearnos para que derribemos el edificio. Pero el pavimento aún resiste.

Lo único que tiene que hacer es procurar que no le vean. Podría pasar ahí años enteros sin que nadie llegara ni a sospechar su presencia.

—Está bien. ¿Cuánto es la renta?

—Veinte dólares al mes.

—No está mal. Iré a echar una ojeada primero.

—Como quiera.

John movió afirmativamente la cabeza mientras caminaba por el corredor, sorteando escombros y desperdicios, en dirección a la escalera de la buhardilla.

Desde luego, no estaba mal.

Mucho polvo y suciedad, eso sí, pero poco a poco iba dándose cuenta de que aquel era el lugar que había estado buscando incesantemente durante semanas. Empezó a subir la escalera, decidido...

Fue entonces cuando lo oyó.

Era un golpe sordo, como un crujido ahogado.

¡Y procedía de arriba, de la buhardilla deshabitada!

Tragó saliva...

John Smith no era ningún valiente. ¿Cuándo había dicho él que lo fuera? Era solo un pobre artista en busca de una buhardilla o ático de módico alquiler para utilizarlo como estudio.

¿Quién o qué diablos había allí dentro?

Avanzaba silenciosamente, si bien en su pecho parecía haber un caballo lanzado a todo galope.

Se acercó a la puerta.

Advirtió el respiradero abierto en su parte superior y la pequeña cesta que había en un rincón.

Al otro lado de la puerta no se oía nada y tampoco en el vestíbulo.

Sigilosamente levantó el cesto y lo puso de manera que, subiéndose a él, pudiera atisbar por el respiradero.

John no era ningún idiota; pero no deseaba convertirse en cadáver.

Se subió al cesto y miró por el respiradero. La buhardilla era inmensa. ¡Menudo pedazo de buhardilla! Una polvorienta claraboya ocupaba la mayor parte del techo, y por ella se filtraba suficiente claridad para bañar la pieza en una luz mortecina.

John pudo verlo todo, todo, todo...

Vio los libros, colocados en montones que alcanzaban la altura de un hombre. Montones y más montones de gruesos libros. Vio las carpetas intercaladas entre los libros y los papeles que, desde el suelo, se levantaban formando parapetos. Vio la mesa situada en el centro de la habitación y abarrotada de libros, carpetas y papeles.

Y, se estremeció...

¡Vio al hombre!

Pero, ¿por qué aquel hombre le había hecho estremecer?

No tenía sentido...

El hombre estaba sentado detrás de la mesa, de espaldas a la pared y sumergido en aquel mar de papel. Tenía delante un libro abierto, cuyas páginas recorría con la mirada. No hacía el menor ruido ni levantaba un momento la cabeza; permanecía constantemente con los ojos fijos en el libro.

¿Era un escritor?

¿Un investigador? ¿Se trataba de un contable?

John contempló la escena con fijeza. Entonces advirtió la causa del ruido que le había puesto sobre aviso: uno de los libros había caído del montón.

Pero no comprendió nada más.

Sus ojos buscaban indicios y su cerebro, una explicación.

Volvió su atención al hombre.

Era maduro, bajo y gordo. Tenía el cabello cano y la cara arrugada. Vestía sucia camisa y pantalón caquí. Lo mismo podía ser un ex soldado que un vagabundo, un fugitivo de la justicia, un indigente librero o un millonario excéntrico.

O un escritor, un investigador, un contable... ¿Podía ser cualquier cosa!

El hombrecillo estaba hojeando un grueso volumen con tapas de cartón que parecía un anuario telefónico. Volvía las páginas con la mano izquierda. Al mover la mano derecha, un tenue rayo de sol hizo brillar un objeto que el hombre sostenía con aquella mano.

Era un largo alfiler de plata.

John lo miró fijamente.

También el hombre estaba mirando fijamente el alfiler de plata que sostenía en su mano.

John lo miraba con curiosidad. El hombre lo miraba con odio, y, más que con odio, con una mezcla de horror y fascinación.

Rompió el silencio otro sonido. El hombrecillo suspiró. Fue un suspiro hondo, casi un gemido. Luego, bruscamente golpeó con él el libro, clavándolo al azar y arrojó el libro al suelo.

Se recostó en la silla, escondió el rostro entre las manos y los sollozos sacudieron su cuerpo.

John parpadeó. ¿Por qué aquel hombre le hacía estremecerse? Aparentemente parecía solo un pobre hombre, desgraciado, incapaz de hacer mal a nadie.

¿Quién era realmente?

Al otro lado de la puerta, en la buhardilla, el hombrecillo se irguió, cogió una hoja de papel y la recorrió con la mirada.

El alfiler se detuvo en el centro de la hoja.

De nuevo, suspiró, alfilerazo y sollozos...

El hombrecillo se puso en pie.

Por un momento, John, aterrado, creyó que había sido descubierto.

Pero no era así. El hombre fue a coger otro grueso libro. Lo llevó a la mesa, se sentó, cogió el alfiler con la mano derecha y, con la izquierda, empezó a volver las páginas.

Nuevo suspiro, alfilerazo y sollozos...

John Smith bajó del cesto, volvió a ponerlo en el rincón y, sin hacer ruido, bajó la escalera.

Le costaba un gran esfuerzo moverse sigilosamente, pues estaba deseando echar a correr.

Aquella sensación era irracional, lo sabía; pero no podía remediarlo. Siempre experimentó aquel acceso de terror en presencia de los locos. Tenía miedo de los borrachos: uno no sabe nunca lo que van a hacer ni cómo reaccionarán. Rehuía las discusiones, pues temía la ceguera de la ira y se apartaba de los que hablaban solos.

Y aquel tipo debía estar loco, borracho o cualquier otra cosa...

En aquel momento, lo confesaba, tenía miedo. Miedo de un hombrecillo bajo y gordo.

Un hombrecillo bajo y gordo que blandía un largo alfiler de plata cuyo extremo puntiagudo estaba torcido.

Y John creía sentir que el alfiler se hundía en su garganta hasta el ángulo.

Aquel hombre estaba loco o borracho y el pintor no quería tratos con él. Iría a la agencia, hablaría con ellos y ellos se encargarían de echarlo de la buhardilla.

Sí, eso es lo que haría.

Eso sería lo más sensato.

* * *

Sin darse cuenta, John se encontró en su habitación, echado sobre la cama y con los ojos clavados en la pared.

Pero no era la pared de su habitación lo que estaba viendo.

Veía a un hombrecillo grueso, que le estaba mirando desde detrás de su mesa. Veía libros, carpetas y papeles.

Aquel hombre le tenía obsesionado. Sacó el bloc de apuntes y sus manos se movían furiosamente. La luz del sol, cayéndole sobre el hombro, daría en el alfiler de plata, cuyo reflejo iluminaría sus facciones.

Las facciones... el rostro... ¡importantísimos!

Empezó a dibujarlo.

¿Qué expresión era aquella?

Casi mecánicamente, el pintor había clasificado las facciones. Las proporciones entre la nariz y la frente, las orejas y la cabeza, la barbilla y la mandíbula; el contorno de la sien y los pómulos, su relación con los ojos, todo esto consiguió fijarlo sobre el papel con facilidad.

Pero la expresión en sí, especialmente aquella mirada, era la clave.

¡Y no conseguía captarla!

Trazó, borró, volvió a trazar, hizo un dibujo al margen y lo borró.

No era aquello, en absoluto.

¡TENDRIA QUE VOLVER A VERLO!

Le daba miedo ir, pero quería aquel cuadro; quería pintarlo.

John se puso en pie. Salió de su habitación, bajó la escalera y echó a andar por la calle.

Lo mejor hubiera sido ir primero a la agencia inmobiliaria, lo comprendía. Y ese había sido su propósito...

Pero era mayor la fuerza que le impulsaba en la otra dirección. ¡Deseaba volver a ver a su modelo, quería estudiar el rostro del hombrecillo grueso! Y descubrir el secreto que escondían sus ángulos y pliegues.

¡El secreto de aquel rostro!

Silenciosamente, entró en la casa. Soledad... silencio... polvo, mucho polvo...

Ascendió por la escalera andando de puntillas. Silenciosamente se subió a la cesta y miró por el respiradero.

El hombrecillo seguía allí, trabajando. Encima de la mesa se amontonaban nuevos libros y papeles. Con la mano izquierda, volvía las páginas y con la derecha manejaba el alfiler.

¡Qué miedo le daba aquel alfiler!

Y seguía representándose la enigmática pantomima. Suspiro, alfilerazo, sollozo... Pausa y estremecimiento.

Vuelta a buscar en los libros y otra vez el suspiro, el alfilerazo y el sollozo...

El alfiler de plata relucía, brillaba, refulgía y parecía crecer.

John trató de estudiar el rostro del hombre, de leer la expresión de su mirada.

Pero no veía más que el alfiler.

El alfiler, que señalaba y taladraba el papel.

Haciendo un esfuerzo, consiguió centrar su atención en el rostro, en su contorno y facciones. Leyó en él dolor, resignación, repugnancia y miedo. Pero no había dolor, resignación, repugnancia ni miedo en la mano que manejaba el alfiler, solo un movimiento mecánico cuyo alcance no lograba descubrir John Smith.

Era el gesto de un loco. Una aberración...

John bajó del cesto, lo puso en el rincón y permaneció unos momentos

delante de la puerta, vacilando. ¡Parecía tan fácil entrar en la buhardilla y preguntar a aquel hombre qué estaba haciendo allí!

El hombre le miraría...

Y entonces John podría descubrir el secreto de aquellos ojos.

Pero el hombre tenía el alfiler en la mano, y John tenía miedo. Tenía miedo de aquel alfiler que no sollozaba ni suspiraba; solo taladraba.

Bien, existía otro medio de descubrirlo, un medio más sensato. Bajó la escalera y echó a andar, calle arriba, muy decidido. La agencia inmobiliaria. Era allí.

Pero la puerta estaba cerrada.

John miró su reloj. Solo eran las cuatro. Qué raro, que no hubiera nadie allí...

Lanzó un suspiro. Tendría que esperar al día siguiente. No tenía prisa.

Dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

* * *

Horas más tarde, aún andaba dando vueltas por el mismo barrio de la ciudad.

No cabía duda, estaba obsesionado con aquel asunto. ¿Por qué no irse a descansar?

Al doblar la esquina vio algo que le hizo detenerse.

Era solo una sombra parduzca que caminaba muy aprisa. John creyó distinguir una camisa caqui, una espalda encorvada y una cabellera blanca que desaparecían por la puerta de un pequeño restaurante.

Se escondió en la esquina como un vulgar delincuente.

Pero aquello le había bastado para convencerse de que su hombre había salido a comer.

Y esto quería decir...

¡Que arriba no había nadie!

Echó a correr y subió apresuradamente las ruinosas escaleras.

Entró impetuosamente en la buhardilla y se acercó a la mesa.

Entonces, y solo entonces se detuvo.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué era lo que esperaba encontrar? ¿Qué era lo que andaba buscando?

Porque buscaba algo, alguna pista, algún indicio que le permitiera descubrir qué era lo que hacía allí aquel hombre bajito y grueso.

A su alrededor se amontonaban libros y papeles. Encima de la mesa había por lo menos medio centenar. John cogió el primero que le vino a las manos.

Era una guía telefónica de la ciudad de Bangor, en el estado de Maine.

Debajo, otra: Yuma, Arizona.

Debajo de esta, encuadernada en unas tapas de vistosos colores, la de Montevideo.

A un lado, una lista de nombres franceses y el plano de la ciudad de Dijon.

Al otro, las listas electorales de Manila.

Otra guía telefónica que John supuso estaría escrita en ruso, a juzgar por los caracteres tipográficos.

También estaba allí la de Leeds, las listas del censo de Calgary y una fotocopia del censo no oficial de Mombasa.

Después de hojearlas, John dirigió su atención a otro sector de la mesa, en el que se amontonaban libros abiertos. Examinó los que estaban debajo.

Otra guía telefónica. De Seattle. Un anuario de Belfast.

Listas de electores de Bloomington, Illinois y Melbourne, Australia. Páginas y más páginas llenas de escritura china. Personal militar de la base americana de Torrejón de Ardoz. Un libro, escrito en sueco o noruego, que no contenía más que nombres.

Y, como todos los demás, estaba vigente.

Luego, encima del montón, la guía de Manhattan. Estaba abierta, como las otras, y, aparentemente, la página había sido elegida al azar.

John miró la referencia: «Bur»...

¿Había alguna señal? No tardó en hallarla.

«Burton, Harry»... Y las señas.

¡Un momento! ¿No era aquel el nombre del agente que le recomendara la buhardilla?

Una idea empezó a tomar forma en su cerebro.

John apartó el libro, salió de la habitación, bajó corriendo la escalera, dobló la esquina, y en el primer quiosco que encontró, compró un periódico. Con dedos nerviosos, buscó la página de las esquelas.

Allí volvió a leer el nombre.

«Burton, Harry». Y las señas.

Le temblaban las manos y tardó en pasar las páginas. Allí estaba la noticia. Había ocurrido aquella misma mañana. Fue un accidente. Al cruzar la calle, fue atropellado por un camión.

Aquella mañana, quizá mientras John le observaba por primera vez, el hombrecillo del alfiler marcó su nombre en la guía, con un gesto que significaba su destrucción.

¡Su muerte!

Era increíble, pero allí estaba la evidencia, ante sus propios ojos.

Recordó las palabras que le dijera el agente inmobiliario respecto a la buhardilla:

«A nadie se le ocurrirá mirar allí. Podría pasar años enteros sin que nadie sospechara su presencia».

Sí, y reunir todas las listas de nombres del mundo y clavar el alfiler de noche y de día, tal como dice la leyenda que hacían las brujas con las efigies de sus víctimas.

John sintió un escalofrío.

Luego sintió deseos de echarse a reír; pero la risa no llegó a brotar de sus labios.

Se preguntó por qué no acababa de ver claro en los ojos de aquel hombre, por qué no lograba descubrir su secreto. Ahora lo comprendía. Se había encontrado frente al misterio final...

¡El misterio final de la muerte!

¿Y dónde estaba ahora el hombrecillo? Es decir, ¿dónde estaba ahora la Muerte?

Descansando en un restaurante barato...

La Muerte había salido a comer.

Sencillo, ¿verdad?

Lo único que tenía que hacer John era buscar un policía y llevarlo al restaurante.

—¿Ve usted a aquel individuo bajito y gordo? Quiero que lo detenga por asesinato. Es la Muerte, ¿sabe usted? Puedo demostrárselo. Le enseñaré el alfiler.

Sencillo. Terriblemente sencillo.

Quizá estuviera equivocado. Tenía que estar equivocado. John buscó de nuevo la página de las esquelas...

«Kooley, Leventhaler, Mautz».

Su cerebro comenzó a hacerle preguntas. Una detrás de otra.

¿Cuánto tarda la Muerte en comer? ¿Le gusta saborear el café lentamente? ¿Se atrevería él a volver para ver si en la guía se advertían marcas de alfiler junto a los nombres de Kooley, Leventhaler y Mautz?

No le era posible contestar a las dos primeras preguntas.

La tercera, sí, podía ser contestada solo mediante la acción.

¿A qué esperaba?

John Smith se echó a caminar. Le temblaban las piernas y las manos. Al atisbar por el respiradero, estuvo a punto de caer.

La buhardilla seguía vacía. Y ahora estaba sumida en una semipenumbra. La luz del atardecer que se filtraba por la claraboya, una vez dentro, apenas le bastó para mirar la guía, para buscar los nombres de Kooley, Leventhaler y Mautz.

Vio los orificios que dejara la punta del alfiler en la «o», la «y» y la «u».

Un punto en cada nombre.

Un punto en cada vida.

¡El punto final!

¿Cuántos más habrían muerto aquel día?

¿En qué ciudades, pueblos y aldeas, caminos, cárceles, hospitales, chozas, trincheras, tiendas o *igloos*?

¿Cuántas veces se había clavado el alfiler de plata, impulsado por un capricho fatal?

Sí, ¿cuántas veces?

¿Y cuántas veces se clavaría aún durante la noche?

¿Y al día siguiente?

¿Y al otro?

¿Y por los siglos de los siglos?

Siempre se representaba a la Muerte con una guadaña, ¿verdad? Pues él sabía ahora que solo le bastaba con un alfiler. Un alfiler en forma de gancho. Un alfiler de plata, largo y agudo, como aquel que estaba encima de la mesa...

Solo tenía que alargar el brazo y cogerlo.

Durante un momento, el sol quedó inmóvil, dejó de latir su corazón y en todo el mundo se hizo el silencio.

John cogió el alfiler.

Se lo metió en el bolsillo de la camisa y salió apresuradamente de la habitación a la oscura escalera.

Cuando se encontró en la calle, se dijo que estaba a salvo.

Y a salvo estaba el mundo.

¡El alfiler quedaba a buen recaudo!

* * *

Aunque no podía estar seguro.

Pasó la noche sentado en su habitación, preguntándose si se había vuelto loco.

¡El alfiler no era más que un alfiler!

Aunque tenía forma de guadaña, era frío, no se calentaba con el contacto de la mano y su punta era fina. No había en el mundo herramienta capaz de afilar hasta aquel punto.

Ahora lo único que podía hacer era esperar, como esperaba John.

Las ediciones de la tarde empezarían a aportar las pruebas, John esperó, pues no podía estar seguro. Llegado el momento, bajó a la calle y compró cuatro periódicos. Entonces lo supo.

Aparecían aún algunas esquelas, desde luego. Pero todas de las víspera.

Y en las primeras páginas encontró la confirmación...

Las noticias en sí eran bastante serias, pero la forma de darlas era humorística, burlona o, en el mejor de los casos, reservada y especulativa. Cada noticia era curiosa de por sí.

Realmente curiosas todas ellas...

El condenado que la noche anterior, en Sing-Sing, se sentó en la silla eléctrica... seguía vivo. Le dieron una buena descarga y el hombre se asó, se asó literalmente en su asiento; pero no murió. Las autoridades estaban investigando...

En Buffalo se produjo un extraño accidente: se rompieron los cables de una grúa y una caja de caudales de dos toneladas le cayó en la cabeza a Jack Davidson, de cuarenta y cinco años. Fracturas de columna vertebral cuello, brazos, piernas, pelvis y el cráneo hecho añicos. No obstante, en el hospital de urgencia adonde había sido trasladado, Jack Davidson seguía respirando. Los médicos no se explicaban...

Accidente de aviación en Chile. Dieciocho pasajeros resultaron con heridas graves y quemaduras de consideración al incendiarse los motores. No se habían producido muertos. Según noticias de última hora...

Los hospitales no se explicaban el brusco cese de fallecimientos en toda la ciudad de Nueva York y sus alrededores... explosiones de tuberías de gas, accidentes automovilísticos, incendios y desastres naturales eran aislados y tratados como un extraño fenómeno.

Y así seguirían las cosas hasta el día siguiente, en que avezados periodistas, testarudos doctores, intransigentes militares y sesudos científicos despertarían a la realidad de que había muerto la Muerte.

¿Había muerto la muerte?

¡Qué contrasentido!

¿Podía morir la Muerte?

Entrenando, los destrozados, los abrasados, los lisiados, los atormentados y los deshechos se retorcían en la cama; pero vivían, en cierto modo...

Suponiendo que aquello fuera «vivir».

John Smith vivía también «en cierto modo». Empezaba a ver el chamuscado cuerpo del condenado a muerte, el machacado torso del descargador y las sombras atormentadas de los que, en todo el mundo, ansiaban el descanso...

¡El descanso eterno!

Ansiado por más y más gente cada minuto que pasaba. En todo el mundo.

John Smith vivía «en cierto modo».

Y mientras conservara el alfiler viviría.

Y todos los demás. Y los que nacieran. Y, muy pronto, la tierra estaría llena a rebosar...

¿Qué ocurriría entonces?

Que periodistas, doctores, soldados y científicos buscaran la solución. John Smith había llevado a cabo su cometido destruyendo a la Muerte. O,

por lo menos, desarmándola.

John se preguntó qué estaría haciendo la Muerte en aquel momento. ¿Estaría sentada en la buhardilla, entre aquellos montones de papeles que ya no le servían para nada, aquellos siniestros legajos? ¿O habría salido a buscar trabajo?

Desde luego, no tenía derecho al subsidio de paro ni estaría inscrita en ningún montepío.

Pero aquel era asunto de la Muerte.

A John no le importaba. Tenía otras preocupaciones.

Por ejemplo, la punzada...

* * *

John empezó a sentir la punzada alrededor del mediodía.

Al principio, la atribuyó al hecho de que hacía veinticuatro horas que no dormía ni tampoco comía. Debía ser fatiga.

Pero la fatiga roe, no pincha, no hunde su agudo aguijón en el pecho de quien la siente.

Pincha... ¡en el pecho!

Rápidamente, John se sacó el alfiler del bolsillo. La pequeña guadaña estaba helada. Atravesándole la camisa, se le había clavado en la carne.

Con todo cuidado, la puso encima de la mesa, con la punta dirigida hacia otro lado.

Se sentó y suspiró, aliviado, al desaparecerle el dolor.

Pero el dolor volvió. Y con más fuerza.

John miró el alfiler.

La punta estaba vuelta hacia él. Y él no la había tocado; ni siquiera la había mirado. Había girado por sí sola como la aguja de una brújula. Y el polo magnético era él. Él era el Norte.

El Norte, frío, helado, como aquel dolor que le taladraba el pecho.

El arma de la Muerte tenía poder, el poder de clavársele en el corazón.

No podía matarlo, porque en el mundo ya no había muerte; pero la llevaría. Siempre clavada, de noche y de día, por toda la eternidad. Él era el magneto que atraía el dolor. Un dolor insoportable e incesante.

La idea le traspasó el cerebro, de la misma forma en que la punta del alfiler le traspasaba el corazón.

¿Fue su propia mano la que volvió a llevar a su pecho el alfiler o fue el alfiler el que, por propio impulso, se elevó hasta su campo magnético?

¿Tenía acaso fuerza propia?

Sí. Esta era la explicación. Ahora lo comprendía...

Comprendía que el hombrecillo grueso no era más que un ser humano. Un pobre diablo que tenía que salir a comer y que dormía como podía

mientras manejaba el alfiler. Él no era más que un instrumento.

¡La muerte era el alfiler!

¿Acaso el hombrecillo había mirado también por algún respiradero o por alguna ventana en Nueva York, Bagdad, Burban o Rangún?

¿Le habría robado el alfiler a algún otro pobre diablo y había sido arrastrado a la calle por aquel dolor que le mordía el corazón?

¿Había vuelto al lugar en donde todos los nombres del mundo aguardaban su sentencia?

John no lo sabía.

Lo único que sabía era que el alfiler era más frío que el viento del Ártico y más abrasador que un fuego volcánico y que estaba traspasándole el pecho.

Cada vez que se lo arrancaba, inexorablemente, la punta volvía a clavársele, y era su propia mano la que lo empuñaba.

¡Su propia mano se lo clavaba!

Suspiro, alfilerazo, sollozo...

El alfiler llevaba la fuerza de la muerte.

Y era la fuerza de la muerte la que arrastraba a John Smith por las calles sumidas en la noche, le hacía subir las escaleras oscuras y sucias y le empujaba hacia la buhardilla...

* * *

Encima de la mesa ardía una débil llama que llenaba la habitación de sombras expectantes.

El hombrecillo grueso estaba allí, rodeado de sus libros. Al ver a John levantó la mirada y movió afirmativamente la cabeza.

Su mirada era totalmente inexpresiva.

La de John estaba cargada de angustia, pues quería hallar la respuesta a una pregunta. Y la encontraba en el rostro de aquel hombrecillo.

John lo vio claramente. Fue lo único que pudo comprender, pues el dolor no le permitía ir más allá. Jadeó.

El hombrecillo se puso en pie y dio la vuelta a la mesa.

—Estaba esperándole. Sabía que volvería.

John tuvo que hacer un esfuerzo para poder hablar.

—Robé el alfiler. He venido a devolverlo.

El hombrecillo le miró fijamente.

—Lo que se robó no puede ser devuelto. Usted debería saberlo. Cuando cogió el alfiler, lo cogió para siempre. O hasta que...

El hombrecillo se encogió de hombros y señaló la silla situada detrás de la mesa.

Sin decir palabra, John se sentó. Ante él se amontonaban los libros,

guías, carpetas, rollos y listas que contenían todos los nombres del mundo.

—Los más urgentes están encima. Estuve clasificándolos mientras esperaba.

—¿Qué esperaba?

—A usted, naturalmente.

—¿Es que sabía que iba a volver?

El hombrecillo movió afirmativamente la cabeza.

—Yo también volví. Y descubrí, como descubrirá usted, que el dolor desaparece. Ahora ya puede sacarse el alfiler y ponerse a trabajar. ¡Hay tanto trabajo!

Tenía razón. John había dejado de sentir dolor.

El alfiler se desprendió con facilidad y se movió dócilmente en su mano derecha. Con la izquierda, cogió el libro que estaba encima de todo. Sobre el volumen, había un pedazo de papel en el que, escrito a mano, figuraba un solo nombre.

—Si no le molesta, primero este, por favor.

John miró a su interlocutor. No miró el nombre. No era necesario.

Con la mano derecha, clavó el alfiler en el papel.

El hombrecillo suspiró, cayó al suelo y quedó convertido en un montoncito de polvo viejo y finísimo que rápidamente se dispersó.

Y no había tiempo para contemplar la danza de aquellas motas, pues John Smith ya estaba suspirando, pinchando, estremeciéndose y sollozando.

Y el alfiler se clavaba una y otra vez.

En el condenado de Sing-Sing; en Jack Davidson, el accidentado que se encontraba en el hospital de urgencia de Buffalo; en las víctimas del accidente de aviación; en Chundra Lal, de Bombay; en Ramona Neilson, de Minneapolis; en Barney Yates, de Glasgow; en Igor Vorpetchzky, de Minsk; en la señora Minnie Haines, en el doctor Risher, en Urbonga, en Li Chan y en un hombre llamado Richard Saxon, de Upper Sandusky.

Llegó el día y llegó la noche...

Y llegó el verano, y el otoño, y el invierno, y la primavera y otra vez el verano...

Pero en aquella buhardilla podía pasar unos años enteros sin que nadie llegase ni a sospechar su presencia.

Lo único que había que hacer era ir cogiendo libros al azar.

Era el mejor modo de hacerlo; el único justo.

A veces uno parecía volverse loco y pinchaba muchos nombres de un mismo sitio.

Otras veces, dejaba trabajar al alfiler.

Uno suspiraba, clavaba, se estremecía y sollozaba.

¡Pero no descansaba nunca!

Porque el alfiler nunca descansaba.

PORQUE LA GUADAÑA NO CESABA DE OSCILAR.

Y así sería hasta el día en que alguien, en algún lugar, de algún modo, lo descubriera...

UN ALTO EN EL DESIERTO

C

OMIDAS».

Los intestinos del neón habían sido retorcidos para formar esta palabra.

Brad Sturgeon miró el letrero con ojos irritados por la arena del desierto y se cambió de mano el maletín. Al empujar la desvencijada puerta de tela metálica, sintió que el sudor le corría por el brazo.

Dos moscas entraron con él en el restaurante. Una de ellas se dirigió hacia un montón de «sandwiches» que había encima del mostrador y la otra fue a posarse en la calva de un hombre viejo y gordo que estaba apoyado contra él. Cuando el hombre levantó la cabeza, la mosca voló.

—Buenas noches, amigo. ¿Qué va a ser?

Brad se sentó en un taburete.

—Buenas noches. Se me estropeó el coche al cruzar las montañas. He tenido que dejarlo en el garaje de la autopista. Han pedido por teléfono a Bakersfield una biela nueva y la traerán mañana a primera hora. El mecánico dice que procurará dejarla instalada mañana por la tarde. Estoy buscando un lugar para pasar la noche. Esto me pareció que tenía aspecto de hotel.

—Ya no está abierto. No hay bastante tráfico en esta carretera.

El hombre sacó de debajo del mostrador una botella de cerveza medio vacía. Echó un trago muy largo. Cuando soltó la botella, estaba del todo vacía.

—¿Por qué no se va a dormir a Bakersfield y vuelve mañana por la mañana?

—Ya lo había pensado. Pero no me gusta dejar aquí el equipaje. Todo cuanto poseo va en ese coche. Supongo que se ha averiado por ir excesivamente cargado. Me traslado a Hollywood, y llevo todos mis libros...

—¿Hollywood? ¿Trabaja en el mundo del espectáculo?

—Soy escritor.

—¿Escribe para la televisión?

—No. Escribo cuentos y novelas.

—Escritor, ¿eh? ¿Conoce a Leonard Pratts?

—No.

—Naturalmente que no. ¿Cómo iba a conocerle? Usted no había nacido aún cuando él estaba en todo su apogeo. Trabajaba para mí.

—¿Ha actuado usted en el teatro?

—¿Qué si he actuado? Soy el «Gran Mortimer». Durante veinte años fui uno de los artistas más taquilleros. Tengo tres álbumes llenos de recortes de periódicos...

Brad se levantó del taburete.

—¿A dónde va?

—Usted me dijo que este hotel estaba cerrado. Si quiero ir a Bakersfield a buscar hotel, será mejor que me vaya antes de que se haga de noche.

—No se preocupe por eso. He cambiado de idea. Le alquilaré una habitación.

Tambaleándose salió de detrás del mostrador. Entonces se le ocurrió pensar a Brad que quizá estuviera algo borracho. Volvió la cabeza hacia la puerta que tenía a su espalda. Gritó:

—¡Sue!

Sue entró en la habitación.

Era una muchacha alta, rubia y de generosas proporciones. Llevaba el cabello recogido en la coronilla, en una cola de caballo. Vestía una bata azul sin mangas y sus piernas estaban desnudas.

—Sue, te presento al señor...

—Sturgeon, Brad Sturgeon.

Brad la saludó con un movimiento de cabeza y ella le miró arrugando la nariz. Tardó unos momentos en darse cuenta de que estaba sonriéndole.

Mortimer explicó:

—Ha tenido una avería en el coche y se lo están arreglando. Necesita una habitación para esta noche. ¿Crees que encontrarás sábanas limpias para el número uno?

Ella movió afirmativamente la cabeza sin dejar de mirar a Brad.

—Será mejor que te acompañe el señor Sturgeon para que antes eche un vistazo a la habitación.

—Está bien —dio media vuelta y salió.

Mortimer sacó otra botella de cerveza de debajo del mostrador. Estaba llena.

—¿Quiere una cerveza?

—Más tarde. Antes quiero dejar mis cosas en la habitación. ¿Podría cenar?

—Claro que sí.

Se inclinó para abrir la botella y se la llevó a los labios.

Sue volvió a entrar. Traía en las manos sábanas enrolladas alrededor de una almohada.

—Acompáñeme. Le diré dónde está su cuarto.

Brad cogió el maletín y salió detrás de ella.

El sol se estaba poniendo y el viento del desierto era fresco. A lo largo del camino que conducía a los pabellones, proyectaban su sombra los cactus poniendo rayas en la arena y en las desnudas pantorrillas de la muchacha.

—Ya hemos llegado.

Se detuvo y abrió la puerta del minúsculo pabellón. El interior estaba a oscuras. Hacía un calor asfixiante. Ella encendió la luz.

—Si dejamos la puerta abierta, se refrescará en un minuto. Voy a hacerle la cama.

Brad la miró.

¿Qué estaba haciendo en aquel agujero una chica tan linda como aquella?

Le gustaría llevársela con él.

De repente, se dio cuenta de que ella había dejado de trabajar. Permanecía inmóvil, con la almohada entre los brazos mirándole fijamente.

—Oí lo que le dijo usted a Mortimer. Es escritor, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué piensa hacer en Hollywood? ¿Trabajar para el cine?

—No. Seguiré dedicándome a las novelas cortas. Pero es que allí el clima es mejor. Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, claro, el clima... ¿Por qué no me lleva con usted?

—¿Cómo dice, señora Sadko?

—No soy la señora Sadko.

—¡Oh! Creí...

Ella dejó caer la almohada sobre la cama y se acercó a él.

—Sé lo que creyó. No importa. Solo le pido que me deje ir con usted. Procuraré no causarle molestias. Le prometo no ser un estorbo. De verdad.

Brad se levantó, pero no le tendió los brazos. No fue necesario, pues ella fue la que le abrazó.

—Por favor, diga que sí. No sabe lo que es vivir aquí sola, con él. Está loco...

Hablaba sin abrir la boca, con los labios fruncidos, esperando que la besara. Arrugó la nariz. Brad advirtió que tenía los pómulos llenos de pecas pequeñas y la piel fría como el mármol, a pesar del calor que hacía. Una mujercita que susurraba:

—Por favor... diga que sí... Haré todo lo que usted quiera... seré su

esclava... Todo lo que usted me diga...

Y Brad no era de piedra...

Abrió la boca para contestar, y la dejó abierta, desconcertado, al ver que ella se apartaba rápidamente y volvía a coger la almohada.

¿Qué diablos le pasaba? Entonces oyó que alguien se acercaba por el camino, arrastrando los pies. Y oyó la voz.

—¡Sue! ¿Has terminado ya? ¡Clientes!

—¡Voy enseguida! —respondió ella.

Brad salió a la puerta y saludo a Mortimer con la mano.

—¿Lo encontró todo bien?

—Estupendamente.

—Venga a cenar entonces. Puede lavarse dentro.

Volvió la cabeza para mirar a Sue. Ella estaba inclinada sobre la cama y no levantó la vista.

Pero susurró:

—Le veré más tarde. Espéreme.

Estas palabras fueron lo que ayudó a Brad a soportar aquella larga velada.

Siguió a Mortimer, se aseó un poco en un sucio lavabo y compartió un bistec con patatas fritas con las moscas y sus primas.

Por fin dieron las nueve y el local volvió a quedar vacío. Mortimer bostezó, se dirigió hacia la puerta y apagó el letrero de «Comidas».

—Fin de la función de noche. Señoras y señores, vuelvan por aquí.

Miró a Brad.

—¿Quiere una cerveza?

—No; muchas gracias. Es hora de que me acueste.

—¿Qué prisa tiene? Venga conmigo y charlaremos. ¡Al diablo la cerveza! Ahí tengo algo más fuerte.

—Es que...

—Vamos, vamos. Tengo cosas que le interesarán. Por aquí es difícil tropezar con alguien medianamente inteligente con quien charlar, como usted.

—De acuerdo.

Mortimer se pasó la mano por el mentón, que lucía una barba de varios días.

—Primero voy a contar la recaudación. Pero usted ya puede pasar. La puerta del fondo. No tardaré.

Brad pasó a la salita, situada al lado del restaurante. Había en ella un sofá, una butaca, el escritorio y el televisor. Pero solo dirigió al mobiliario una mirada distraída.

Y es que se quedó absorto contemplando las paredes.

Parecían las paredes de otro mundo.

Era el mundo de los años treinta y de los primeros años cuarenta, un mundo que perteneció a los semiolvidados rostros que estaban mirándole desde un millar de fotografías que poblaban las paredes de aquella habitación, desde el suelo hasta el techo. Algunas estaban borrosas y desvaídas, como borrosos y desvaídos habían quedado aquellos recuerdos del ayer. Pero Brad aún se acordaba de rostros conocidos y por lo menos había oído hablar de los nombres que se leían en los autógrafos garrapeados al pie de los desconocidos.

Fue dando vueltas a la habitación, mientras ante sus ojos desfilaban los recuerdos del mundo del «vaudeville».

—¿Lo ve? Ya le dije que los conocía a todos.

Mortimer estaba detrás de él, con una botella y vasos.

—Deje que le sirva un trago. Después le enseñaré los álbumes de recortes.

Le sirvió el trago, pero no le enseñó los álbumes de recortes, sino que se instaló cómodamente en el sofá, destapó la botella otra vez y se destapó él.

Estuvo hablando mucho rato de los viejos tiempos.

Pero Brad no le oía.

«Le veré más tarde. Espéreme».

Brad apenas prestaba atención a lo que le decía el «Gran Mortimer», que fue una verdadera celebridad hasta que murió el «vaudeville» y después se retiró a aquel desierto en el que llevaba más de veinte años viviendo como Mortimer Sadko.

Veinte años...

¡Sue no tendría muchos más!

Y allí estaba aquel viejo gordo y asmático que babeaba y había ya empezado a beber a morro.

Ya debía estar a punto de dormirse. ¡Tenía que dormirse!

Mortimer se incorporó y examinó la botella.

—¿Quiere otro trago? ¡Pero si está vacía! ¡Esta sí que es buena!

—No se preocupe. Ya tengo bastante.

Soltó un eructo seguido de una risotada.

—Pues yo no tengo bastante. Por ahí tiene que haber más. ¡Sue! Está ahí fuera. Le dije que limpiara el establecimiento. De todos modos, no hay miedo de que se acerque a mí cuando estoy bebiendo. No importa. Cerré la puerta antes de venir y tengo aquí la llave. Conque no puede marcharse. No señor; de mi lado no se va.

Se levantó tambaleándose.

—Sé lo que está pensando: que soy un vejestorio. Pero espere a ver los recortes. Entonces verá quién fui, quién soy.

Cayó en el sofá.

—El «Gran Mortimer». Ese soy yo. Y he seguido ensayando. Estoy en mejor forma que nunca. Podría actuar en el espectáculo de cualquier primera figura la semana que viene. O presentarme con mi propio espectáculo.

Palideció y quedó tumbado de espaldas en el sofá.

No llegó a enseñarle los álbumes. Cuando Brad le puso los pies encima del sofá, ya había empezado a roncar.

Brad le cogió las llaves del bolsillo y volvió al restaurante.

Ella estaba esperándole a oscuras.

A oscuras se dirigieron ambos a su pabellón y a oscuras se le abrazó ella.

* * *

Después le habló de sí misma...

—Tenía diez años cuando Mortimer se quedó conmigo. Mis padres se alojaron aquí cuando iban camino de Texas y me confiaron a él mientras ellos cumplían unos contratos.

También trabajaban en el «vaudeville». Se llamaban «Grace & Gerald». Conocían a Mortimer desde hacía tiempo y decidieron dejarme con él, pues estaban atravesando una mala temporada.

—¿Volvieron por ti?

—No. El trató de encontrarlos. Hizo muchas indagaciones; perón habían desaparecido. De modo que me quedé aquí. Mortimer... entonces no era tan desagradable. Quiero decir que no bebía. Me mandaba al colegio en el autobús y me compraba vestidos y otras cosas. Era como un padre... hasta que cumplí los dieciséis años.

Se echó a llorar suavemente.

—Ni siquiera está enamorado de mí. Es porque estamos solos, en este maldito desierto y se da cuenta de que está envejeciendo. Antes, solía hablar de debutar en la Televisión. Decía que era igual que el teatro de variedades y que él siempre creyó que tenía que renacer. El verano que yo cumplí los dieciséis, me llevó con él a Los Ángeles. Allí vio a varios agentes y obtuvo unas cuantas audiciones. Nunca llegué a enterarme de lo que había ocurrido en realidad. Pero cuando, en otoño, volvimos aquí, empezó a beber y fue entonces cuando...

Sollozó entrecortadamente.

—Déjalo, Sue...

—No. Me hace bien hablar. Fue entonces cuando traté de escapar. Él me cogió y cerró el hotel para que yo no pudiera ver a nadie ni marcharme en el coche de algún cliente. Ni siquiera me dejaba salir al cruce, a recoger los suministros. No permitía que nadie se me acercara.

—Sue, por favor, no te atormentes...

Ella siguió como si le hubiesen dado cuerda.

—A veces, pensaba huir durante la noche; pero algo me lo impedía. Me daba cuenta de que le debía algo por todos aquellos años que me mantuvo. Y ahora me necesita. En realidad, no es más que un viejo chiflado y ya casi no me persigue. La mayoría de las noches no hace sino emborracharse y dormir. Ya me había resignado a seguir soportándolo, hasta que, esta tarde, te vi...

—Ya sé. Te figuraste que yo sí podría llevarte en el coche y hasta cuidar de ti en la costa durante una semana o cosa así. Hasta que encontraras un empleo. ¿No es cierto?

Ella le clavó las uñas en los brazos.

—¡No! Quizás lo pensé al principio; pero ahora ya no. Créeme, ahora ya no.

La creyó.

Creyó en su voz y creyó en su cuerpo, aunque era increíble que él se encontrase allí, en el desierto, junto a aquella desconocida a la que le parecía conocer desde siempre.

—*Okay*. Nos marcharemos juntos.

—Gracias.

—Pero me gustaría hablar antes con él. Quizás lograrse hacerle comprender...

—¡Oh, no! ¡Sería imposible! Es celoso hasta la locura. No quería decírtelo, pero un día sorprendió al chofer del camión hablando conmigo... hablando, simplemente y empezó a perseguirle amenazándolo con el cuchillo de cortar carne. Si lo coge, lo mata. ¡Ya lo creo! Y a mí me dio tal paliza que tuve que pasarme tres días en cama. No; no tiene ni que sospecharlo. Mañana por la tarde, cuando el coche esté arreglado...

Hicieron planes.

Eran muy sencillos.

El restaurante estaba cerrado el domingo, por lo que sería mejor que no tratara de quedarse a comer. Se iría al garaje y procuraría que el mecánico acabara de arreglar el coche lo antes posible. Entretanto, Sue haría el equipaje. Incitaría a Mortimer a beber, aunque, generalmente, él no necesitaba que le animaran. Quizás hasta quedar inconsciente. De lo contrario, ello podría incluso cortar el hilo telefónico, para asegurarse cierta ventaja.

Discutieron todos los pormenores, con calma y sensatez.

Después, ella se marchó y Brad trató de dormirse. Cuando, al fin, cerró los ojos era ya casi de día y los murciélagos volaban sobre el fondo de la espectacular salida del sol del desierto.

Brad durmió mucho rato.

Cuando salió del pabellón y se dirigió al cruce de carreteras eran casi las dos.

Anduvo la milla que le separaba del garaje y encontró al mecánico trabajando en el coche. Charlaron un rato, pero Brad no prestaba la menor atención a sus palabras, ni a las suyas propias tampoco.

De vez en cuando, un automóvil se detenía para repostar, y el mecánico tenía que interrumpir el trabajo para ocuparse del surtidor.

El coche no quedó reparado hasta después de las cinco.

Empezaba a oscurecer.

Brad le pagó y se marchó.

El motor roncaba suavemente, pero le costó trabajo cambiar la marcha. Y es que estaba nervioso. Nervioso y nada más. No sentía remordimiento ni temor. Tampoco horror.

El horror vino después.

Vino cuando, a una luz cada vez más débil, dejó el coche junto al oscuro restaurante y se acercó a la puerta.

Sí, algo había salido mal...

Se armó de valor, respiró profundamente y dio la vuelta al picaporte. Era la señal convenida. Ella estaría esperándole.

No ocurrió nada. Unas cuantas moscas zumbaban en el cristal, esperando entrar.

Hizo girar el picaporte otra vez.

La puerta estaba cerrada.

Luego, por la puerta del fondo, apareció una sombra.

Reconoció a Mortimer.

Se movía con agilidad. No arrastraba los pies ni se tambaleaba. Estaba demacrado y tenía los ojos irritados, pero no los entornaba para mirar. Se inclinó y dio la vuelta a la cerradura. Luego, con un gesto le invitó a entrar.

—Buenas tardes.

Brad no podía decir nada más, por lo menos mientras no supiera lo que había pasado.

Mortimer movió la cabeza y volvió a cerrar la puerta. Se oyó el chasquido de la cerradura.

Fue entonces cuando Brad sintió horror.

Horror... Frío y afilado horror...

Porque el horror es una cosa fría y afilada que araña la nuca.

Mortimer dijo:

—Pasemos a la otra habitación. Sue tiene que hablarle.

—¿Qué le ha hecho usted?

—Nada. Solo quiere hablarle. Ya lo verá.

Pasaron al otro lado del mostrador. Las moscas volaban tras ellos.

Cuando entraron en la sala, los rostros de la pared parecían estar esperando. Todos miraban, como miraba Brad, la maleta abierta que estaba tirada en el suelo. Su contenido yacía por el suelo, en desordenado montón.

Por un momento, creyó que se trataba de Sue.

Pero no; Sue estaba sentada en el sofá. También miraba la maleta.

Cuando Brad entró no dijo nada, porque ya no había nada que decir.

Brad sintió en la nuca el aliento de Mortimer.

¡Y también sintió el roce de algo frío y afilado!

De repente, Mortimer se retiró. Y el cuchillo cayó al suelo con estrépito.

—A ella debe agradecerse. He podido matarle. Quería matarle. Pero ella me disuadió. Y ahora tiene algo que decirle. Adelante Sue. Díselo.

Dejando a Brad en el umbral, se acercó a Sue. Se sentó en el sofá, a su lado, y le pasó un brazo por los hombros. Sue levantó la cabeza, pero no sonrió.

Las sombras iban invadiendo la habitación, deslizándose por las paredes, por los rostros de las fotografías, el rostro de Mortimer y el de Sue.

Pero Brad no miraba las sombras.

Brad la escuchaba a ella.

—Ya puedes figurarte lo que pasó. Me sorprendió haciendo la maleta.

—Está bien, ¿y qué? Ahora ya lo sabe. Recuerda que yo quería hablar antes con él. Y ahora que ya lo sabe, ya puede dejarnos marchar.

Antes de terminar la frase, Brad había cruzado la habitación y recogido del suelo el cuchillo de cocina.

—Mira. Ahora el cuchillo lo tengo yo. Ya no puede hacernos ningún daño y será mejor para él que no lo intente. Podemos marcharnos cuando queramos.

Ella permaneció sentada. Volvió la cabeza para mirar al cuchillo. También lo miró. La abrazó más estrechamente y sonrió.

Sue dijo:

—No. He cambiado de idea. Va no quiero irme contigo. No puedo dejarle. Me necesita. Debo quedarme. Mi sitio está aquí. ¿No lo comprendes?

Brad movió la cabeza negativamente.

Había algo extraño en sus palabras, algo extraño en la fijeza de su mirada y en la sonrisa de él.

Y, de pronto, al mirar aquella cara redonda, semioculta en la oscuridad, se le ocurrió una idea.

—Ahora lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—El «Gran Mortimer». Usted fue hipnotizador, ¿verdad?

—¿Hipnotizador?

—Sí, esa es la respuesta. Usted ha hipnotizado a la chica. Mortimer se echó a reír.

—Se equivoca, amigo. Dile que se equivoca, cariño.

También ella se echó a reír, con una risa aguda e histérica. Pero en su rostro no había risa y cuando habló su voz sonó suave y lúgubre.

—Mortimer no es ningún hipnotizador. Sé lo que hago, créeme. Y ahora te pido que te marches. Márchate, ¿me has oído? Márchate y no vuelvas. No quiero irme contigo a la costa. No quiero que me sobes en algún motel asqueroso. Yo sé lo que eres. Eres un...

Entonces empezó a insultarle. De su boca salieron palabras obscenas y soeces. Mientras hablaba, movía la cabeza con furia.

Mortimer, entretanto, se limitaba a sonreír.

Cuando ella acabó de hablar, Mortimer preguntó:

—¿Tiene usted bastante?

Brad dejó caer el cuchillo. El arma rodó por el suelo y un último rayo de sol iluminó la hoja manchada y ennegrecida.

—Sí, tengo bastante. Me marcho.

Giró sobre sus talones.

Ellos no se movieron. Permanecieron sentados en el sofá, con los brazos entrelazados, mirando a Brad fijamente.

Las sombras borraron sus rostros y persiguieron al joven hasta que salió de la casa.

El coche le aguardaba en la penumbra.

Se metió en él, hizo girar la llave en el contacto y se alejó.

Debió recorrer dos o tres millas con los faros apagados. Estaba aturdido. Todo eran sombras a su alrededor. Sombras en la habitación, en sus rostros, en el manchado y ennegrecido cuchillo...

El manchado y ennegrecido cuchillo...

Entonces le asaltó la idea.

La hoja del cuchillo estaba manchada de sangre...

Dio vuelta al volante y el coche giró en redondo. Aceleró. El coche iba lanzado a todo correr.

Avistó la casa.

Aparcó en la misma puerta, se apeó de un salto y entró como una tromba en el interior.

Mortimer debió oírle llegar y utilizó el cuchillo en su persona. Le asomaba por el pecho, y él estaba tendido en el suelo de la sala, bien muerto.

Sue continuaba sentada en el sofá y miraba a Brad fijamente.

Este descubrió que había sido estrangulada.

Debía haber ocurrido un par de horas antes, pues el cuerpo estaba poniéndose rígido.

¿Estrangulada?

¿Un par de horas antes?

¡Pero si él estuvo aquí!

¡Y ella habló con él!

Le tocó el hombro. Estaba rígida y fría y tenía en el cuello unas manchas amoratadas.

De pronto, cayó hacia adelante y entonces fue cuando descubrió de qué forma había sido empleado el cuchillo. Vio el boquete que tenía en la nuca. La herida tenía más de un palmo de largo y era increíblemente profunda.

No pudo comprender su significado.

Ni siquiera cuando llamó su atención la sangre que Mortimer tenía en la mano derecha.

Hasta que vio los álbumes de recortes no comprendió lo sucedido.

Sí, Brad encontró sus álbumes.

Y cuando los leyó descubrió lo que debió ocurrir en aquella oscura habitación y en su oscuro cerebro cuando la sorprendió haciendo sus preparativos para dejarle.

Fue entonces cuando la estranguló.

En un arrebato de ira.

Pero, a pesar de todo, tuvo lucidez para comprender que Brad iría a recogerla, y para buscar el modo de librarse de él.

Y entonces recurrió al cuchillo. Practicó aquella incisión larga y profunda. Lo bastante larga y profunda para que ella pudiera mover la cabeza.

Desde luego, la oyó hablar; pero los álbumes le aclararon esto.

Mortimer no había exagerado. Allí todo eran elogios.

Tampoco mintió en lo del hipnotismo.

El «Gran Mortimer» no fue ningún hipnotizador. Fue uno de los mejores ventrílocuos del siglo.

Brad paseó su mirada por la estancia. Los rostros de las paredes sonreían burlonamente, como si se rieran de él.

Buscó el teléfono. Tenía que informar a la Policía acerca de lo sucedido.

Cada vez más sorprendido, dio vueltas y vueltas por la casa. El hilo del teléfono había sido cortado.

Tendría que ir personalmente en busca de la policía.

* * *

Contó al teniente el relato de lo sucedido mientras volvían a toda

velocidad hacia la casa.

—¿Está seguro de que todo eso ocurrió en el parador de Mortimer?

—Por supuesto.

—Y la chica, Sue...

—Estrangulada y bárbaramente mutilada.

El teniente de la Policía iba en el asiento posterior al lado de Brad. En un momento dado, su mirada se cruzó con la del agente que conducía a través del espejo retrovisor. Una mirada y un gesto que no pasó desapercibido para Brad.

—¿Es que no me creen?

Por toda respuesta, el teniente dijo:

—Ahí tenemos la casa. Veamos qué nos aguarda dentro.

El coche de la Policía chirrió estruendosamente al frenar junto a la puerta de entrada. Brad fue el primero que descendió, dirigiéndose rápidamente a la puerta y empujándola con fuerza.

—¿Qué diablos pasa aquí?

El interior estaba sumido en el abandono más completo. Las telarañas colgaban del techo como etéreas guirnaldas, y el polvo lo cubría todo: mostrador, sillas, mesas, robando la transparencia a los cristales de las ventanas.

Atravesó la estancia e irrumpió en el cuarto donde se había cometido el doble asesinato.

¡Aquel cuarto estaba vacío! Y lleno de polvo y telarañas, como el resto de la casa.

Brad se pasó ambas manos por el rostro.

—No puede... ser...

—¿Qué es lo que no puede ser?

El teniente permanecía a su lado, mirándolo todo con una especie de asco. Parecía como si temiera que fueran a salir ratas de algún rincón.

—Es como si esto hubiera estado abandonado años enteros.

—Cinco años más o menos.

—Imposible.

—Le doy mi palabra de policía. Todo eso que nos contó ocurrió aquí mismo, solo que hace ya cinco años. La chica esa, Sue, intentó dársela con queso al tal Mortimer escapándose con un chofer de camión que se había detenido a cenar en el restaurante. El pobre chico vino a vernos con el terror pintado en el rostro. Cuando vinimos con él, igual que ahora hemos hecho con usted, el cuadro que se nos presentó fue para vomitar. ¿Te acuerdas, Chuck?

El agente uniformado movió la cabeza afirmativamente.

—Joe Gardner o algo así creo que se llamaba...

—¿Quién?

—El chófer del camión.

Brad no entendía nada.

—¿Quiere decir que todo lo he imaginado?

—Eso, o que ha querido gastarnos una broma. Pero no, usted no es el tipo que acostumbra a gastar bromas a los polizontes.

—Sin embargo, yo he visto...

El teniente le empujó suavemente hacia la salida.

—Digamos que usted ha creído ver cosas que no existían en la realidad, sino solamente en su imaginación. Seguramente, alguien le contaría la historia y su imaginación hizo el resto. Quizá el mecánico del garaje... Tal vez empinó el codo más de la cuenta... No, no fue eso. Usted nos dijo que era escritor, ¿verdad? Pues eso fue. Ustedes los escritores están siempre dándole a la cabeza, imaginando historias fantásticas, de terror, de ciencia-ficción y todo eso...

—¿Usted cree?

—Claro hombre, claro. Bueno, ¿qué tal si le llevamos de vuelta a su coche y sigue su camino? Por cierto, ¿hacia dónde se dirigía?

Brad no le prestaba atención.

—¿Qué?

—Pregunto que a dónde iba... qué dirección lleva.

—Voy a Hollywood.

—¡Vaya! Y encima eso...

—No le entiendo.

—La gente de Hollywood, con eso de trabajar para el cine, se pasa el tiempo imaginando historias. Pero usted se lleva la palma.

Brad no respondió. ¿Para qué? Durante todo el viaje de vuelta estuvo pensando en Sue, en Mortimer Sadko, en todos aquellos rostros sonrientes, burlones, que se reían de él desde la pared.

Le dejaron donde estaba su coche.

Brad se sentó al volante y le puso en marcha, enfilando la autopista a velocidad más que moderada, mientras los policías iban haciéndose más y más pequeñitos en el espejo retrovisor.

De modo que dos fantasmas, Sue y Mortimer, que quizá se hubieran reconciliado en el Más Allá, se habían estado divirtiendo gastándole aquella bromita...

Pensó en los policías y sonrió.

¿Qué hubiera dicho el teniente si él le hubiera enseñado aquel recuerdo que guardaba en el bolsillo?

Sacó la foto y la miró. En ella se veía a la famosísima Mac West abrazando al también famoso Mortimer, el «Gran Mortimer», y la firma de la diva garrapeada al pie.

La foto, naturalmente, la había arrancado de uno de los álbumes de

recortes del viejo Mortimer.

BEBED MI SANGRE

E

El nombre de la víctima era Igor Ludwig.

Dudo mucho que ustedes lo recuerden.

Yo no lo recordaba, y cuando aquella tarde se presentó en mi despacho de Beverly Hills y dio su nombre a mi secretaria, su persona no despertó en mí el menor interés.

Claro que entonces yo no sabía que se trataba de una víctima.

Es decir de la víctima.

Pero empecemos por el principio. Antes de nada, permítanme decirles una cosa: yo procuro recibir a todo el que va a mi despacho; pues soy un agente, y, ante todo, procuro servir a mis clientes.

El despacho de un agente es en Hollywood lo que la Meca para los árabes. Y Hollywood está lleno de árabes. Árabes sin camellos, árabes con camellos de tres jorobas, árabes con caravanas compuestas por millones de camellos imaginarios...

Todos buscando agente.

De modo que dejé que Igor Ludwig se pasara toda la tarde sentado en mi antedespacho, mientras yo reñía una batalla telefónica con Ross Carter, de la «Metromount».

Ross quería contratar a uno de mis representados, Leny Hudson, para el papel de galán en una superproducción en cinemascope que estaba preparando. Leny había sido ya probado satisfactoriamente, y ahora solo quedaban por ultimar algunos detalles de poca monta, tales como el sueldo. Después de mucho discutir y pelear, llegamos a un acuerdo, y yo me disponía ya a colgar cuando él insistió en contarme el argumento de la película, que resultó ser del tipo terrorífico-evocador, no una biografía, sino un resumen del Hollywood de los años cuarenta.

Dijo:

—Pensábamos presentarla como «La historia de Bela Lugosi» o «La historia de Boris Karloff», pero ya puedes figurarte lo que sucedería.

Tendríamos que gastarnos un dineral en derechos y al final tendríamos que cambiarlo todo. Así que lo que haremos será procurar infundirle el ambiente de la época. Muchas escenas terroríficas a base de vampiros y hasta quizá contratemos a algún sujeto de aquellos tiempos que todavía esté en circulación. Aunque el que más me gustaría encontrar es a Igor Ludwig.

Algo hizo «clic» y no fue el auricular.

Respiré profundamente.

—¿Igor Ludwig?

—Eso he dicho.

—Pues da la casualidad de que en estos momentos está en mi despacho.

—¿Le representas?

—¿Por qué no?

—¿Podrías mandárselo a Baxter del Departamento de Repartos, mañana por la mañana?

—Por supuesto.

—Te advierto que no es gran cosa. Un papelito pequeño.

Fingí enfadarme.

—¿Qué quieres decir con eso de que no es gran cosa? ¿Tú quieres hacer revivir el cine terrorífico de los años cuarenta? ¿Deseas rememorar aquellas películas con mucha sangre, tumbas y pantanos neblinosos? El genuino espíritu, la autenticidad, el alma del horror se resumen en estas dos palabras: Igor Ludwig. Y dices que no es gran cosa.

—Estamos dispuestos a llegar hasta cinco mil.

—¿Cinco mil, qué? ¿Rupias?

—No te hagas el gracioso. Dólares.

—Ya hablaremos de eso. Dile a Baxter que espere a Igor Ludwig a las nueve.

Colgué rápidamente, llamé a mí secretaria y le dije que al cabo de tres minutos exactamente hiciera pasar a Igor Ludwig. Entonces me recosté en mi sillón y traté de recordar.

Pues todavía no recordaba a Igor Ludwig.

Desde luego, el nombre no me resultaba del todo desconocido si lo asociaba con las viejas figuras del cine de terror; pero no me sugería ningún rostro. Pasé revista a todos los grandes artistas del género. Boris Karloff, Bela Lugosi, Lon Chaney Jr., Glen Strange... Luego pasé también revista a otros actores más recientes. Peter Cushing, Christopher Lee... Me vino a la memoria aquel inefable Peter Lorre que tanta angustia nos hizo pasar con sus creaciones...

Nada, que no le recordaba.

Solo tenía un vago recuerdo asociado a su nombre medio ruso medio alemán.

Entonces entró él y no le reconocí.

No sé qué me había figurado. Desde luego, ya sé que los artistas, vistos fuera de la pantalla y sin maquillaje, cambian de aspecto. Yo esperaba ver a un tipo de pobladas cejas, pronunciadas orejas, la cara blanca como el papel, los hombros caídos, los andares cansinos y los dedos nerviosos.

Lo que yo esperaba era encontrarme ante un anciano.

Incluso ante un anciano decrepito. Igor Ludwig había desaparecido con el cine de los años cuarenta, casi treinta años atrás, y lo natural era que el tiempo le hubiera exigido su tributo.

Pero Igor Ludwig fue para mí una completa sorpresa: era un perfecto desconocido.

En primer lugar no era tan bajo como yo me imaginaba. Se mantenía erguido, y no arrastraba los pies ni se movía con nerviosismo. Además, vestía un traje hecho a medida, que lo menos costaba cuatrocientos dólares. Y, por añadidura, no era viejo. No se le podía llamar un chiquillo; pero tampoco aparentaba más de cuarenta.

Y bien llevados.

Conservaba todo su cabello, aunque empezara a encanecer, y en su rostro no se veían arrugas ni bolsas. No se parecía a un hombre que treinta años antes se asomara a la pantalla ni tenía trazas de prepararse para entrar en el asilo.

Y cuando abrió la boca, de perfecta dentadura, para saludarme, me llevé una sorpresa todavía mayor.

Igor Ludwig tenía una voz estupenda.

Parecía como si aquel hombre que tenía delante gozara de una salud y juventud extraordinarias.

Parecía como... como sí... como si hubiera hecho un pacto con el diablo.

Al estilo de Fausto...

Al estilo también de Dorian Grey...

Y tantos y tantos mitos de la literatura y el cine.

Claro que esto solo era imaginación y fantasía. En la vida no puede ocurrir que un individuo venda su alma al diablo a cambio del elixir de la eterna juventud. Ni incluso trabajando en el cine, como yo, se podía pensar tal cosa.

Pero era mi imaginación la que había urdido aquella absurda idea.

Él me explicó su vida en los minutos siguientes. Las películas de terror al estilo de Boris Karloff y los otros se habían pasado de moda, así que él hizo toda una serie de películas en Europa: Inglaterra, Italia, Francia, España... pues, según se apresuró a informarme, seguía siendo popular en el extranjero, casi tanto o más que en los Estados Unidos.

¡Un pacto con el diablo! ¡Qué tontería!

Él me dijo:

—Al fin y al cabo, solo tenía treinta años cuando me pasé de moda, y el hombre tiene que trabajar.

—Y tiene que vivir.

Mi frase no le hizo ninguna gracia. Lo noté por la forma en que se irguió en su asiento.

—Vivir nunca ha sido problema para mí. Soy propietario de unas parcelas cerca de Long Beach. En ellas no hay edificios; solo pozos de petróleo.

Esto explicaba que pudiera llevar un traje de cuatrocientos dólares. Pero no explicaba lo que Igor Ludwig estaba haciendo en mi despacho.

Inmediatamente me aclaró este punto.

—Se preguntará usted qué es lo que quiero.

—Pues sí.

—Se lo diré en pocas palabras. Me ha dicho un pajarito que la «Metromount» anda buscando actores del cine de terror. Y se dice por ahí que quieren a Igor Ludwig. ¿Quiere ser mi representante?

No perdí el tiempo haciéndome rogar.

—Ya le represento. Vaya a ver a Baxter, del Departamento de Repartos, mañana por la mañana a las nueve.

Ni siquiera parpadeó.

—Me habían dicho que era usted un tipo listo. No se equivocaron.

—Usted mismo lo verá. Pero no se comprometa sin hablar antes conmigo. Se trata de un papelito de cierta importancia y ofrecen cinco mil dólares. Pero quizá consigamos subir un poco.

—No se preocupe. La razón por la que vine a verle es que usted se ocupa del joven Hudson, que va a trabajar en la misma cinta. Sé que tiene usted comisión; pero quizá yo pueda arreglarlo a mí modo. Espere y vea lo que ocurre.

Dicho esto se despidió y se fue.

* * *

Me pasé las cuarenta y ocho horas siguientes esperando y viendo.

En su siguiente aparición, Igor Ludwig llevaba otro traje distinto, también de cuatrocientos dólares, y lucía en su rostro una muy cotizada sonrisa.

—Veinticinco de los grandes.

—¿Cómo dice?

Estaba radiante.

—Veinticinco mil dólares. Eso es lo que Ross Carter me ofrece.

—¿Bromea?

—En absoluto. En cuanto vio las pruebas, Carter llamó al guionista y le

dijo que alargara mi papel. Y yo mismo le ayudaré a hacerlo. Dice Carter que va a montar la publicidad de la película en torno a mí nombre. Este film puede ser el vehículo de mi vuelta al cine. Y que tengo un timbre de voz estupendo. ¡Hubiera tenido que verles en la sala de pruebas! Dicen que pasaron auténtico miedo cuando me vieron caracterizado y actuando.

Aquella forma de hablar no era nueva para mí. Los actores jóvenes, y sobre todo, las estúpidas «starlettes» de dieciocho o veinte añitos, se creen los reyes y las reinas del mundo no bien pisan un plató.

¿Era Igor Ludwig algo parecido?

No; rotundamente no.

Al día siguiente, cuando fui al despacho de Ross Carter para firmar el contrato, estaba entusiasmado.

—Pienso orientar la publicidad hacia la figura de Igor Ludwig.

O sea, que era verdad.

Cuando vi el contrato extendido por veinticinco mil dólares, mi respeto por Igor Ludwig subió varios enteros. Aquel hombre no se dejaba tomar el pelo. ¡Y quién sabe! Quizás yo había adquirido un buen cliente.

De vez en cuando, esas viejas glorias hacen un retorno triunfal.

Esto era lo que debía pensar Igor Ludwig cuando firmó el contrato.

Él dijo:

—Dame esa pluma. Esto marca el principio de una nueva carrera.

Yo asentí.

¿Cómo iba a saber que lo que Igor Ludwig estaba firmando era su sentencia de muerte?

* * *

Es bien sabido en la industria del cine, que la gente de Hollywood son los más voraces devoradores de su propia publicidad.

Y por eso creen todo lo que dicen los periódicos y revistas.

Quizá sea cierto.

Y quizá ello contribuyera a que durante el mes siguiente continuara aumentando mi respeto hacia Igor Ludwig.

Desde luego, se le hizo buena propaganda. Ross Carter y su pandilla de asesinos a sueldo echaron el resto. Ludwig fue entrevistado, citado, invitado a sesiones de gala, biografiado... En todas sus apariciones se aludía a la película en que estaba trabajando, eso sí; pero gran parte de la publicidad estaba dedicada a la persona de Igor Ludwig.

La nueva generación empezaba a conocerle.

Y, después de ver su fotografía por todas partes y leer algo sobre él todos los días, ¡qué lavado de cerebro colectivo! tuve que acabar por dedicarle gran atención.

¡Ah, la publicidad!

Sin embargo, quiero creer que parte del afecto que el hombre me inspiraba se debía a su personalidad.

Acabé por conocerle bastante bien.

Venía por mí despacho con cierta frecuencia, salimos a almorzar juntos unas cuantas veces y en dos o tres ocasiones fui a cenar a su casa de Malibú.

¡Qué residencia!

Me di cuenta de que Igor Ludwig era un solitario. A pesar de todo su dinero, y realmente lo tenía, no se había casado.

Y, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, no le gustaba reunirse con viejas glorias. No le gustaba recordar pasados esplendores.

Él decía:

—¿Quién piensa ya en esos figurones? Están acabados, caducos. ¿Por qué perder el tiempo escuchando sus lamentaciones? Para mí, la vida es deliciosa.

Y es que Igor Ludwig, en realidad, no se había retirado.

A sus propios ojos, era todavía un astro.

Me enseñó sus álbumes de recortes. Estaban perfectamente conservados. El que la mayoría de las notas correspondientes a los últimos veinte años estuvieran impresas en francés, español o italiano no parecía importarle en absoluto. Lo único que le importaba era saber que en algún lugar del mundo el público seguía estremeciéndose con él.

Él era un artista, trabajaba para el público, y el arte no tiene nacionalidad.

Me dijo:

—Pienso demostrarles a esos sabihondos de Hollywood que se han equivocado. Cuando vean mi interpretación en esta película, sentirán haberme tenido postergado durante todos estos años. El cine de terror no cambia nunca. Lo bueno es siempre bueno. Y apenas queda ya competencia. ¿A quién tienen hoy? ¿A Christopher Lee!

Improvisó una imitación de Christopher Lee.

Me quedé asombrado ante la transformación experimentada por aquel hombre. Imitaba a Christopher Lee perfectamente, captando el gesto y la expresión facial. ¡Y con una sencillez, una seguridad!

Con la misma sencillez y seguridad con que hablaba del cine terrorífico. Desde luego, hablaba siempre de los viejos tiempos, pero con plena autoridad.

No obstante, me interesaba, y me interesó más aún cuando me habló del maquillaje y la interpretación que tenía pensados.

También en los estudios interesó.

Cuando empezó el rodaje yo estaba presente.

Igor Ludwig figuraba en la primera unidad de producción, pues su parte iba a rodarse antes que el resto de la película. Él no entraba en el «argumento» de la cinta propiamente dicho, sino que aparecía en las escenas relacionadas con el Más Allá, el vampirismo, los monstruos y todo eso.

Viéndole actuar retrocedí treinta años, en el buen sentido de la palabra.

Desde luego, los estudios eran nuevos, los escenarios modernos y los técnicos disponían de un equipo soberbio; pero Igor Ludwig no había cambiado.

Tanto por el vestuario como por la caracterización era el intérprete ideal de aquellos queridos filmes, y su forma de actuar no tenía nada que envidiar a los ya desaparecidos maestros del género: Lugosi, Karloff y pocos más...

Lo más sorprendente es que resultaba aterrador. Y no era yo el único que sentía miedo, sino todos los que estaban en el plató: técnicos, electricistas, tramoyistas y extras.

Y, lo que es mejor, también se sentían aterrorizados Ross Carter y el guionista de la película.

Increíble, ¿verdad?

Ya lo creo que resultaba increíble, sorprendente...

Durante la primera sesión, cortó varias veces a sus compañeros de rodaje, los cuales se pusieron a temblar y a hablar tartamudeando.

Carter estaba entusiasmado.

—¡Maravilloso! A este paso, se va a quedar con la película.

—Es estupendo...

De pronto, frunció el entrecejo.

—Habrà que hacer algo. A «miss Contoneo» no va a gustarle.

El guionista mordió la pipa...

—No te preocupes por eso. Ya has visto el guion. La hemos mimado bien. Muchos primeros planos y frasecitas de dos sílabas. El público se dará cuenta de quién es la estrella.

—Ni se acordarán de ella cuando Igor Ludwig salga a la pantalla. Tal vez hayamos cometido un error al permitirle que se maquillara él mismo y buscara ese vestuario tan real. Si hasta a mí me da miedo. ¡Parece un auténtico vampiro!

—Acuérdate del caso de Bela Lugosi. De tanto hacer de Conde Drácula, acabó loco y creyéndose, en el manicomio, el auténtico Drácula.

—Todos estos tipos están un poco locos.

—Olvidalo. Sea como sea, es un gran actor. Justo lo que necesitábamos. Además, trabaja deprisa. Tendremos su parte en el bote antes de una semana, excepto la escena de «miss Contoneo». Después hacemos los cortes que queramos.

—*Okay*. Eso haremos.

Yo no dije nada.

Empezaba a sentirme preocupado, pues había olvidado que aquella película debía ser el carro triunfal que condujera a «miss Contoneo» al estrellato.

Todos la llamaban «miss Contoneo».

Bueno, todos y yo también.

Su verdadero nombre, ¿qué importa? De todos modos, tampoco lo usaba. Ninguna de las «miss contoneos» de Hollywood usa su verdadero nombre. Es de rigor.

Esta «miss Contoneo» era una rubia espectacular. Usaba un nombre artístico y, como la mayoría de las rubias de Hollywood, en realidad era morena. Su historia también era bastante vulgar. Nacida en un hogar desunido, violada a los nueve años...

¿O fue a los diez?

Su astrólogo debía saber la fecha.

...Casada antes de los veinte con un «cow-boy» motorizado o su equivalente, unos cuantos años de merodeo, ciertas experiencias como modelo y, por fin, Hollywood y su transformación en belleza dorada.

A la sazón, «miss Contoneo» ya había llegado a la cúspide.

Todas sus palabras, opiniones y sentencias aparecían fielmente reseñadas en periódicos y revistas, sus múltiples romances amorosos eran ampliamente comentados y su talento interpretativo, calurosamente celebrado.

El hecho de que palabras, opiniones, sentencias y hasta los romances fueran invención de los agentes publicitarios no importaba...

Y también su talento interpretativo, que era prácticamente inexistente...

Lo que importaba era que «miss Contoneo» cobraba ciento cincuenta mil dólares por película. Su contrato era algo real, muy real... Seguramente lo único real que ella poseía, aparte de los noventa y ocho centímetros de contorno de busto y de un torso que iba camino de convertirse en un emblema comercial.

* * *

Así que cuando, terminado el trabajo del día, Igor Ludwig, radiante, me abrió la puerta de su camerino, me preocupaba más «miss Contoneo» que mi cliente.

A modo de saludo, me dijo:

—¿Qué te ha parecido?

—Hola, Igor.

—Hola, muchacho. ¿Verdad que me salió fenómeno?

—Sí, sí... claro...

—¿Verdad?

No pude reprimir que se me encogiera el ánimo al advertir su entusiasmo y pensar que a cierta persona no le haría mucha gracia su actuación.

Mientras se embadurnaba la cara con la crema limpiadora, siguió diciendo:

—Ya te dije que podía hacerlo. Pues ya verás la otra secuencia. Será una persecución. ¡Doce individuos armados con palos tras de mí! Carter está entusiasmado. Y también un poco preocupado, porque dice que ya soy demasiado viejo para correr y dar esos saltos. Lo que ocurre es que no me conoce. Tengo aún mucho que enseñarle.

Me pregunté si Igor Ludwig sería lo bastante buen acróbata para dar un salto de otra especie, un salto en el vacío, un salto atrás, en el caso de que «miss Contoneo» le arrancara la alfombra de debajo de los pies.

Mientras él se cambiaba rápidamente, decidí abordar el tema, con todo el tacto de que fui capaz.

Le dije, y era verdad:

—Estás haciéndolo estupendamente. Pero no olvides que tal vez hagan después algunos cortes. Es lo normal en todas las películas. Al fin y al cabo, oficialmente no eres el protagonista de la película.

Sonrió.

—No te preocupes por la protagonista. Anoche la conocí y hablamos de las escenas en que aparecemos juntos.

—¿Has hablado con ella... del tema?

—Claro.

—¿Y qué te pareció la chica?

—Una gran persona. Desde luego, necesita que la pulan un poco, pero tiene fibra. Y está ansiosa por aprender.

—¿Estás seguro?

—Claro.

Nunca lo hubiera dicho.

—Me alegro de saberlo. Procura llevarte bien con ella. Sé diplomático.

Igor Ludwig volvió a sonreír.

—No te preocupes por eso. Llevo el asunto muy bien. Y si me estoy cambiando de ropa tan deprisa es porque esta noche ella y yo cenamos juntos.

—¿Cenar juntos? ¿Ella y tú?

—Claro. Oye, pareces tonto.

—Hum... ¿vais a hablar de negocios?

Esbozó una tercera sonrisa, esta dirigida al espejo.

—¿Negocios? Exclusivamente por gusto. Y, si no lo crees, no tienes

más que leer las columnas de chismorreo mañana por la mañana en la prensa.

Y salió como una exhalación.

* * *

Al día siguiente, como un niño obediente, leí las columnas de chismorreo de la prensa matutina.

Todas, una por una.

Igor Ludwig no me engañó. Él y «miss Contoneo» eran la comidilla de los periódicos.

En uno de ellos aparecía una fotografía de los dos bailando. Tengo que admitir que no hacían mala pareja. Él le llevaba treinta años por lo menos, pero en la fotografía no se notaba.

Y en muchos calendarios de Hollywood los meses de mayo y diciembre están yuxtapuestos.

Durante los diez días siguientes, no vi a mí cliente, pero no me faltaron noticias suyas. Carter me tenía al corriente de su trabajo en el plató.

—¡Fenomenal, chico, lo que se dice fenomenal!

Y los chismorreos de los periódicos me informaban de los progresos de Igor en el otro terreno.

Al cabo de los diez días, empezaron a aparecer declaraciones de la propia «miss Contoneo».

—¿Romance amoroso?

—No deseo hacer ningún comentario.

—¿Compromiso matrimonial?

—Somos buenos amigos.

—¿Qué hay de su boda con aquel riquísimo financiero de Texas?

—Igor Ludwig me ha hecho comprender que vale más el sol de California que un millón de dólares.

Me costó mucho trabajo, pero tuve que creerlo.

Y dejé de preocuparme por Igor Ludwig.

Una de las más importantes revistas cinematográficas de la ciudad sustituyó apresuradamente sus páginas centrales e insertó un artículo titulado: «El viejo Hollywood saluda al nuevo Hollywood», con numerosas fotografías de la pareja: en la playa, en la casa que ella tenía en Bel Air y en las carreras.

La «Associated Press» y la «United Press» empezaron a ocuparse de ellos, y todo lo que hacía la pareja era noticia. Había en el caso una buena dosis de interés humano, desde luego. Mucho más que en los días en que Rock Hudson acompañaba a alguna de sus compañeras de rodaje.

Y es que «miss Contoneo» era ya una celebridad e Igor Ludwig iba a

reaparecer.

Fue una gran historia.

Hasta que se terminó.

¡Y pensar que durante todo aquel tiempo no hacían otra cosa que cearle para el sacrificio!

* * *

Cuando el hacha estuvo afilada, la víctima no pudo ver la hoja a causa del brillo.

Un día entró corriendo en mi despacho, muy excitado.

—¿Te has enterado? ¿Sabes la noticia?

Me balanceé en mi sillón y le miré fijamente.

—¿Qué noticia? Si te refieres a la película, Leny Hudson me ha dicho que ya está casi terminada y que antes de fin de mes estará en el bote.

Igor Ludwig jadeó.

—No me refiero a eso, sino a mí papel.

—Todavía tienes que rodar un par de escenas con tu pareja. ¿Es eso lo que te pone tan nervioso?

—No.

Vacilé un momento.

—¿Es que pensáis hacer algún anuncio?

Casi se ruborizó.

—Verás... no puedo decir nada. Ella quiere esperar a que terminemos la película. ¡Oh, es una gran chica! Una gatita adorable. Tendrías que vernos bailar esos ritmos modernos.

—¿Es un anuncio oficial?

Advertí que su nerviosismo volvía a subir de punto. Prácticamente estaba bailando sobre la alfombra.

—¡Oh, se me había olvidado! Se trata del programa de Ed Sullivan. ¡En el del mes próximo van a pasar unas cuantas secuencias! Está todo ultimado. ¡Y han escogido una de mis escenas!

Yo dejé de balancearme en el sillón y me quedé rígido.

—Eso es formidable.

—Debe serlo. De lo contrario, Carter no se hubiera metido en tantos gastos. ¿Sabes lo que hizo? Mandó que montaran mi escena anticipadamente, le incorporó la banda sonora y le puso una música especial para la televisión. ¡Él no va más!

Desde luego, era el no va más... suponiendo que fuera verdad.

—Mañana, a las once, pasan la copia en sesión especial para Ross Carter y los peces gordos. ¿Irás?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Y no me lo perdí.

A la mañana siguiente, a las once, me encontraba instalado en una de las mullidas butacas de la sala de pruebas.

Carter fumaba un cigarro; Igor Ludwig fumaba un cigarro; yo fumaba un cigarro. Todo el mundo tenía su cigarro, excepto «miss Contoneo». Pero allí estaba ella, tamaño natural, al lado de Igor Ludwig, dispuesta a ser testigo de su triunfo.

Se apagaron las luces, el proyector empezó a zumbar...

¡Y cayó el hacha!

¿Saben lo que dijo el poeta? «Así termina el mundo; no con estallido, sino con un sollozo».

Claro que el poeta no trabajaba en Hollywood.

Su frase hubiera sido otra...

Si el poeta hubiera estado aquella mañana con nosotros en la sala de pruebas, hubiera presenciado el fin del mundo de Igor Ludwig y hubiera podido escuchar el sonido que le acompañó.

El mundo de Igor Ludwig terminó aquella mañana con un quejido.

Un quejido, un balido y la música idiota que sirve de fondo a una mala película de dibujos que muestra las peripecias de un perro tonto.

Pasaron la escena de la persecución que Igor Ludwig me había descrito, y escuchamos aquellos sonidos: chillidos, ladridos, aullidos y ruido de tambor. Cuando caía la lluvia, el resplandor de los focos hacía las figuras poco menos que borrosas. Cuando Igor Ludwig, con el patético aspecto del vampiro acosado, se escondía jadeante de sus enemigos encarnizados, se oía una estúpida música mezclada con explosiones. Ludwig, miraba entonces a la cámara para pronunciar una de sus pocas frases. Me pregunté qué habrían hecho de su excelente voz. Lo supe cuando él abrió la boca y comprobé que la habían doblado.

Era la vocalización infrahumana y repelente de un aprendiz de doblador.

De su boca no salían palabras; solo un alocado parloteo.

Y aquel parloteo continuó durante toda la secuencia. La secuencia en sí estaba muy cortada. Además, algún genio de la técnica había acelerado la acción de tal forma que lo único que quedaba era una sucesión de gestos frenéticos y deslavazados. Igor Ludwig parecía un epiléptico en pleno ataque, por la forma en que se proyectaban sus escenas que debían ser terroríficas. Y durante todo el rato, de su boca salía aquel sonido absurdo.

¿Resultaba convincente?

Sí; convincente.

Como a un niño de cuatro años le parece convincente el que el ratón arrime la boca del cañón a la oreja del gato y le salte los sesos del disparo. Era convincente-grotesco, y convincente-idiota, tirando a cruel.

Afortunadamente, la secuencia era corta. Faltaba mucho de lo filmado. Oí que Carter hablaba de «ciertos recortes». Aquello no eran recortes, eran amputaciones. Habían suprimido los primeros planos, destrozado la actuación y puesto a la víctima la voz de un cerdo a medio degollar.

Cuando volvieron a encenderse las luces, no me atreví a mirar a Igor Ludwig. A nadie le gusta ver la cara de un hombre que acaba de ser asesinado.

Porque Igor Ludwig había sido asesinado. Acababan de matarlo en aquella pantalla. A él y al arte del cine. Se habían reído del cine serio, burlado del cine serio y ridiculizado al cine serio.

Carter tronó:

—¿Qué os ha parecido? No ha sido trabajo fácil, pero los chicos lo han hecho bien. Es moderno.

No me gustaba oír hablar así de lo que no era otra cosa que un acto de barbarie.

Y tampoco a Igor Ludwig le gustó.

—No le veo nada positivo. Habéis asesinado una escena perfecta.

Las cejas de Carter eran como dos medias lunas gemelas y expresaban el más genuino asombro.

—¿Asesinado?

—Sí, asesinado.

—Pues a mí me ha parecido moderno, actual. ¿Qué opinas tú, Sid? ¿Dave, qué te ha parecido? ¿Eddie? ¿Mike?

Sid, Dave, Eddie, Mike y todos los demás que figuraban en la nómina de Ross Carter lo habían encontrado moderno y actual.

Igor Ludwig dijo:

—Me habéis traicionado. Habéis suprimido lo mejor, habéis acelerado la acción y le habéis puesto todos esos ruidos. No hay posible identificación con el público. Me habéis convertido en un monigote.

Carter sonrió.

—No te exaltes. No olvides que el cine es un negocio. Yo llevo la producción y sé lo que hago. He visto todo lo que hemos rodado hasta ahora y procuro mantener cierto equilibrio. Tuvimos que cortar muchas de tus escenas, Igor, porque la película resultaba demasiado larga; demasiado énfasis en los viejos tiempos.

—¿Y qué?

Rodeó al actor con un brazo.

—Voy a revelarte un secreto. Lo que ocurre es que eres demasiado bueno, eso es todo. Si hiciéramos, por ejemplo, un documental sobre las películas de terror, no hubiéramos tenido que retocar en absoluto ninguna de tus escenas. Retratan perfectamente el ambiente de la época. Así se hacían las películas de terror en 1947. Pero la película tiene su argumento,

¿comprendes? Nos relata la historia de un hombre-vampiro y una mujer que se unen, se separan y al final vuelven a unirse. Tenemos que poner el acento donde corresponde.

Igor Ludwig, en tono suplicante, preguntó:

—¿Y por qué no habéis dejado tal cual lo poco que habéis aprovechado? Aunque solo me dejarais una o dos escenas, os agradecería que no las modificarais.

Ross Carter movió la cabeza negativamente.

—Por lo que veo, no me has prestado atención. No nos proponemos hacer un documental. Tú trabajas al estilo de 1947, pero ahora no estamos en 1947. Al público de hoy no le interesa. No entiende, se burla. Por eso, nosotros queremos demostrarle que también sabemos burlarnos. No creas que no aprecio tu talento. Sabe Dios que bien quisiera que el público supiera apreciarlo también. Pero no podemos correr ese riesgo. He invertido un millón y medio de dólares en esta pequeña epopeya. De modo que no puedo desviarme de la línea argumental, dejando a un lado a la protagonista, ¿verdad, querida?

Se volvió hacia ella, pero Igor Ludwig se le adelantó.

—Di, ¿qué opinas? ¿No estás de acuerdo conmigo?

Ella ahuecó sus bucles.

—Pues... no sé, Igor. Después de todo, el señor Carter es el productor. Él debe saber lo que más conviene.

Igor Ludwig la miró con ojos muy abiertos.

—¡Pero, cariño! ¿Es que no te das cuenta de lo que esto va a suponer para mí? Hemos hablado de ello muchas veces. Podría ser mi gran oportunidad, el vehículo para mí vuelta al cine. Podría volver a convertirme en una gran figura. Así no tendrías que avergonzarte de mí. Y cuando nos hayamos casado...

¿Qué había dicho Igor Ludwig acerca de «miss Contoneo»? Que era una gatita, o algo por el estilo.

Bien, pues la gatita empezó a maullar.

—¡No hay que pensar en eso! Estamos hablando de la película, y el señor Carter tiene razón. No debes embutir escenas tuyas en mi película.

—Querrás decir nuestra película... Cariño, ¿es que no recuerdas lo que hemos hablado? Va a ser nuestra película.

La gatita sacó las uñas.

—¡Olvidalo! Yo tengo que cuidar de mi carrera y no consentiré que un don nadie me robe las escenas.

—¿Qué dices?

La gatita empezaba a bufar.

—¡No seas niño, Igor! Lo hemos pasado bien, pero debiste darte cuenta de que todo era publicidad. Eres una buena persona, abuelo; pero la fiesta

ha terminado. Mírate en el espejo y comprenderás por qué de ese matrimonio no hay ni que hablar.

En aquel momento, Igor Ludwig no hubiese podido enfrentarse con un espejo.

Ni con nadie.

Se volvió hacia Ross Carter, pero el productor bajó la vista al suelo.

Con voz más profunda que nunca, Ludwig dijo:

—Comprendo. La vieja rutina publicitaria. Y supongo que lo que habéis estado contando a los periódicos acerca de mi vuelta forma parte del programa.

Ross Carter carraspeó.

—Bueno, ya sabes lo que ocurre, Igor. Creímos que sería buena idea. Ya habrás observado que hicimos un buen trabajo. Piensa en todo el espacio que conseguimos. Y no olvides que gracias a nosotros se habla mucho de ti. Cuando se presente la película, seguro que te ofrecen por lo menos un par de buenos contratos.

Igor Ludwig negó con la cabeza.

—¿Después de verme en escenas como la que acabáis de pasar? No trates de engañarme. Estoy acabado, completamente acabado.

Entonces llegó lo que yo estaba temiendo. Ludwig me miró y me dijo:

—Bien, ¿y qué piensas hacer? ¿Vas a dejarles que se salgan con la suya? Tengo un contrato.

Yo abrí la boca para contestar, pero Ross Carter se me adelantó y dijo ásperamente.

—Desde luego, existe un contrato, Igor, y un contrato muy ventajoso. Te pagamos veinticinco mil dólares por un papel que cualquier extra, con un poco de maquillaje y unos cuantos ensayos, hubiera podido hacer. Pero para la publicidad necesitábamos tu nombre, y te lo compramos. Tu contrato no te autoriza a escribir, dirigir, producir, cortar ni montar. Te exige que te presentes en el plató cuando te necesitemos y que hagas lo que nosotros queramos. Conque no trates de imponernos condiciones. Ya te he dicho que no estamos en 1947.

Igor Ludwig se encogió de hombros.

—Está bien. El dinero es vuestro. Pero yo me marchó.

—Márchate al infierno, si quieres, pero aún tienes que rodar otra escena. La del precipicio. Dijiste que la habías escrito, y la queremos y vamos a filmarla. Lo que después hagamos con ella es asunto nuestro. Pero el martes has de presentarte en Malibú, tempranito y despejado. Y no pretendas hacernos ninguna jugarreta. Vas a darnos exactamente lo que estipula el contrato.

Igor Ludwig dijo, en tono suplicante:

—Olvidate de esa escena. Haz lo que quieras con lo que ya tienes, pero

déjame en paz. Te lo ruego.

—Queremos esa escena.

—¿Es que no tenéis bastante con haberme asesinado artísticamente?
¿También queréis beberos mi sangre?

—¿Beber tu sangre? A ti se te ha subido el papel a la cabeza. Procura que no te ocurra lo mismo que a Bela Lugosi. De tanto hacer de Conde Drácula, acabó sus días en el manicomio. Y murió creyéndose el vampiro.

—¡No me importa Bela Lugosi!

—Ni a nosotros tampoco. Queremos esa escena. Será el toque final.

Igor Ludwig asintió y salió cabizbajo.

No era aquel el gesto de desaliento que adoptaba en la pantalla. Era algo muy distinto.

Parecía un autómatas.

Ross Carter suspiró profundamente y me miró.

—Siento haber tenido que darle ese disgusto. Pero hubiera debido figurármelo. Se lo ha tomado muy a pecho. Creo que será mejor que vayas tras él. No sea que cometa algún disparate.

«Miss Contoneo», más excitada que contrariada, dijo:

—Puede que se suicide.

Yo la miré fijamente.

—¿Cómo iba a hacerlo? Imposible.

—No entiendo. ¿Por qué es imposible?

—Porque un cadáver no puede suicidarse.

—¿Un cadáver? ¿También a ti se te ha subido su papel a la cabeza?

Sonreí a pesar mío.

—No. Lo que ocurre es que Igor Ludwig murió aquí mismo hace media hora.

—Ahora lo entiendo... Y lo asesinamos nosotros, ¿no es eso?

Carter rezongó:

—Ahórrate el melodrama. Y ocúpate de que el martes por la mañana yo pueda disponer de un actor vivo. Tiene que darnos ese toque final.

* * *

Ahora ya sé de qué va.

Tal vez un Dostoyevski pudiera escribir la historia del asesinato de un alma. Y tal vez hiciese una buena novela a base de referir la forma en que toda una época del cine fue aniquilada por una nueva era.

Pero yo no sabría hacerlo.

Y si fuera esto todo lo que pudiera contar del caso de Igor Ludwig, no perdería el tiempo, ni se lo haría perder a ustedes.

Pero hay más.

No mucho más, pero sí lo suficiente.

Salió tras él, y me quedé con él durante aquel largo fin de semana.

No fue tarea fácil dominarle. Quería beber y yo no le dejé. Quería tomar un somnífero y yo no le dejé; escondí el frasco. Quería llorar... y lloró.

—Todos están contra mí. No tengo un solo amigo.

—Yo estoy aquí.

—Claro. Porque quieres proteger ese precioso contrato. No por el dinero, sino porque un contrato es un contrato y no puedes permitir que tu reputación de agente artístico quede mal parada.

—Eso no es cierto. Te comprendo y estoy contigo, Igor, para mí, tú eres de los más grandes.

Me miró entornando los ojos.

—No te canses. Será mejor que deje de hacerme ilusiones. Durante más de veinte años no he cesado de repetirme que todavía era una gran figura.

Sonrió amargamente. No fue una sonrisa de las que da gusto ver.

—¿Te das cuenta? ¡Naranjas de la China! Esta exclamación dejó de usarse allá por 1949. La gente la ha olvidado, como me ha olvidado a mí. Esta es una nueva generación, ¿verdad? Una generación que se entusiasma con «miss Contoneo» y su forma de trabajar. Yo no me adapto. Y el que quiera reírse, que se vaya a ver una película de dibujos animados.

Entonces le serví una copa, pero solo una.

Y le dije:

—Ahora escucha a tu tío. Deja inmediatamente de compadecerte a ti mismo y reacciona. Eres Igor Ludwig. Puede que el público te haya olvidado, puede que esos te hayan jugado una mala pasada, pero mientras yo crea en ti, mientras tú creas en ti mismo, tendrás una oportunidad. Solo una cosa debes recordar. Eres un artista, un verdadero artista, de la vieja escuela. ¡La función debe continuar!

—¡Ríe, ríe, payaso!

—Está bien. Tómallo a broma. Pero lo tradicional perdura. Y a veces la risa resulta un arma muy eficaz. Recuerda cómo se burlaron de Al Johnson. Un viejo caduco, con un pulmón hecho cisco, veneno para la taquilla y toda esa letanía. Pues les dio una buena lección. Y tú puedes dársela también. ¿Quieres que te respeten? Pues respétate. Preséntate el martes en Malibú y cumple hasta el final. Haz la escena tal como la escribiste. Echa el resto. Eres Igor Ludwig, recuérdalo. No quedes mal ante ti mismo.

Sonaba a sermón de colegio.

Y lo más gracioso es que dio resultado.

El hombre reaccionó.

El domingo comprobé su estado de ánimo y el lunes, al salir de mi despacho, fui a hacerle una visita, para ver si estaba en forma.

De momento, me asusté. En tres días había envejecido veinte años. Ya no parecía tener hecho un pacto con el diablo, como pensé cuando le vi por primera vez.

No es que hubiera encanecido de repente ni tuviera nuevas arrugas...

Era su expresión: la fijeza de su mirada y el temblor de sus labios.

Ahora sí parecía una vieja gloria que hiciera su último viaje.

Pero su voz era vibrante y sus gestos, animados, y me saludó como si realmente hubiera vuelto a la vida. Su modo de hablar me engañó...

Olvidé que hay que asustarse cuando un cadáver cobra vida.

Porque eso era Igor Ludwig...

¡Un cadáver que había cobrado vida!

Me dijo:

—Todo dispuesto. Esta tarde estuve repasando el papel. ¿Y a que no sabes lo que voy a hacer esta noche?

Yo moví la cabeza negativamente.

—¿Qué vas a hacer?

—Regresar de mi tumba y buscar mis víctimas entre la gente de sangre caliente.

—Pero, tú no eres un vampiro...

Se echó a reír.

—Crees que estoy chiflado, ¿no? Como el pobre Bela Lugosi, que se creía vampiro. No, yo me refiero al argumento de la película. Tú ya lo conoces, ¿no?

Respiré aliviado. Por un momento pensé que hubiera perdido la cabeza.

—Sí, lo conozco.

—Tu galán joven, Hudson, se ha peleado con «miss Contoneo». Ella sale de la casa y se va paseando sin rumbo fijo, a solas con su pesar. Sin saber cómo, llega hasta el acantilado donde una vez se le presentó el vampiro. Cuando se da cuenta de dónde está, le entra miedo. Pero es un miedo morboso, porque en realidad le gustaría que se le volviera a presentar. Y es como si su deseo se cumpliera. El vampiro llega volando desde su castillo y yo aparezco ante ella, al borde mismo del acantilado.

—La clásica escena, ¿eh?

—Eso es. La clásica escena. Ella teme que yo deje mi marca en su cuello, pero al mismo tiempo lo desea. ¡La marca del vampiro!

No podía dejar de hablar, ni dominar el temblor de sus labios.

—¿Qué te parece la escena?

—Eso no me lo pierdo. ¿Quieres que venga a recogerte por la mañana, te lleve a Malibú y me quede a ver la toma?

Torció la boca. Supongo que lo que él quería era sonreír.

—Ya te entiendo. Para que Carter vea que entregas la mercancía. Bueno, ¿por qué no? Acompáñame.

—No es eso.

—No te preocupes. Es igual.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Desde luego. ¡Divinamente! Lo he encajado. Tú me señalaste el camino, ¿verdad? Nada de lamentaciones. Ríe, ríe, payaso. La función debe continuar. Hay que dar a Carter el toque final.

No supe qué decirle, y me marché. Pero estuve preocupado toda la noche.

Cuando fui a buscarle a la mañana siguiente temía no encontrarle.

Pero estaba esperándome.

Hice sonar el claxon y él apareció inmediatamente, con su maletín de maquillaje y su vestuario en otra maleta. Hasta bromeó conmigo, como si él fuera un auténtico vampiro. Y me hizo una reverencia.

—Igor Ludwig vuelve a volar. El último vuelo. Directamente desde la tumba.

Me dije que nunca fue muy bueno en el diálogo. Menos mal que había alguien que se los escribía.

Ahora no era más que un viejo grotesco que hablaba frenéticamente y al que le temblaba la boca, mientras yo le llevaba hacia el sector acordado del acantilado.

—Me produce una extraña sensación pensar que esto es el fin. Después de hoy, nunca más volveré a actuar. Hoy me maquillo por última vez.

—Basta. Tendrás otras oportunidades. Cuando sea presentada la película, vas a tener muchas ofertas.

El movió negativamente la cabeza.

—Las ofertas se terminaron hace años. Carter tenía razón. Esto no es 1947, ni siquiera 1949. En el candelero está el nuevo equipo. Productores comerciantes del tipo de Carter. Guionistas baratos. Rubias con bustos taquilleros como «miss Contoneo». Para lo único que me quiere es para que dé el toque final.

—No hables así.

Sonrió más amargamente que nunca.

—Esto es el fin.

Yo me sentía preocupado.

Ross Carter se mostró muy cordial, muy contento de vernos a mí y a Igor Ludwig. Estaba muy ocupado con el director y con la Policía del estudio y no pareció darse cuenta del aspecto que tenía Igor al llegar.

Yo me alegré, pues me daba la impresión de que el actor estaba a punto de sufrir un ataque.

Lo único que cabía esperar era que la escena saliera bien a la primera toma y que él pudiera marcharse sin disgustos.

«Miss Contoneo» estaba lista. En aquel momento salía de la tienda del maquillador.

Los «cámaras» enfocaron sus máquinas.

La escena exigía que Igor Ludwig permaneciese oculto tras los arbustos y esperara que «miss Contoneo» llegara hasta allí en su lento paseo. De pronto, surgiría ante ella, todo en la misma toma. Luego vendrían los montadores, que cortarían y empalmarían donde fuera conveniente. La llegada del vampiro volando por los cielos oscuros del acantilado se añadiría en el laboratorio, y esto iría a cargo de los técnicos en efectos especiales.

Ross Carter nos lo explicó a mí y a «miss Contoneo», que parecía bastante tranquila.

Entonces llegó Igor Ludwig.

El viejo Igor Ludwig maquillado por él mismo, parecía el auténtico Conde Drácula, y no tenía nada que envidiar a Bela Lugosi o a Boris Karloff.

Con su boca pintada y sus colmillos saliendo, sonrió a Carter, a «miss Contoneo» y a mí.

Ellos no advirtieron nada extraño.

Yo empecé a sentirme más tranquilo. Quizá todo saliera bien.

Sin duda Carter se sintió también más aliviado, pues dio a Igor unas palmadas en el hombro y le dijo:

—¿Qué tal? ¿Quieres que lo ensayemos una vez o rodamos directamente?

Igor Ludwig le dedicó una sonrisa de vampiro.

—Yo estoy dispuesto. Allá por el cuarenta y siete lo hacía siempre en una sola toma. No te preocupes. Con una habrá bastante.

Empezó el rodaje.

«Miss Contoneo», en una secuencia rodada días antes, había salido de la casa. Ahora caminaba sin saber adónde, deambulando por aquel paraje agreste y acercándose cada vez más al acantilado.

De pronto, Igor Ludwig salía de entre los matorrales donde había estado escondido y se acercaba a ella, con las manos engarfiadas, amenazadoramente. Ella lo veía y se detenía, mirándole fijamente, aterrorizada.

—¿Quién... quién eres?

—Soy quien tú esperabas encontrar. El Conde Drácula. Soy la Muerte, porque vengo de la Muerte.

—¿Qué... qué quieres?

—Llévate conmigo. Junto a mí ataúd hay otro ataúd que tiene

exactamente tus medidas. Desde el primer momento en que te vi, quise que fueras mi compañera. Tú lo deseas igual que yo.

—No... no, yo...

—Ven.

«Miss Contoneo» chilló. Él ya la tenía entre sus brazos y la sonrisa demoníaca mostraba sus colmillos sedientos de sangre.

Era espeluznante. La actuación, como de costumbre, era tan buena, que todos cuantos asistíamos al rodaje estábamos prendidos en la acción, como si se tratara de una tela de araña que nos tuviera aprisionados.

Igor Ludwig tenía razón. No iba a ser necesaria una segunda toma. Aquello era definitivo.

«Miss Contoneo» chillaba, se debatía en los brazos del vampiro, tratando de escapar. Pero los colmillos del Conde Drácula se clavaron inexorablemente en su cuello, mordiendo y luego chupando su sangre... su sangre caliente.

Si no fuera porque sabíamos que todo era mentira, hubiéramos dicho que asistíamos a un sacrificio humano.

Ella quedó finalmente sin vida, en brazos de Drácula.

Ludwig cargó con ella y se alejó hacia el borde del acantilado.

Ross Carter estaba fuera de sí.

—¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Corten! ¡Corten! Ha salido perfecto... ¡Ha salido mejor de lo que yo creía! ¿No es magnífico? ¡Igor! ¡Eres un genio!

De pronto, ocurrió algo que nos dejó a todos espantados.

Igor Ludwig, llevando aún en sus brazos a «miss Contoneo», tomó impulso y saltó al vacío.

En una fracción de segundo, se convirtió en un vampiro.

Sin trucos cinematográficos ni nada. En un vampiro auténtico. En un bichejo poco mayor que un ratón, alado, que desplegó sus alas triangulares y se elevó ante nuestros ojos.

«Miss Contoneo», por su propio peso, cayó al vacío.

Y este fue el fin.

Fin de la escena, fin de la película, fin de la producción de Ross Carter y fin de la carrera de «miss Contoneo».

Pero Igor Ludwig dijo la última palabra.

Y este fue el toque final.

Luego, cuando rodeando la carretera conseguimos alcanzar la base del acantilado, pudimos ver el cuerpo destrozado de «miss Contoneo» entre las rocas del suelo. Solo que ella ya estaba muerta cuando chocó contra las rocas...

Lo demostraban aquellos dos agujeritos sanguinolentos que tenía en el cuello.

¡La marca del vampiro!

¡La marca de Igor Ludwig!

Ross Carter no salía de su asombro.

—Igor era un vampiro. No actuaba. ¡Era un vampiro! Y decía que queríamos beber su sangre...

ME GUSTAN LAS PELIRROJAS

D

ESDE luego, todo depende del gusto de cada cual. Supongo que debe tratarse de una debilidad mía.

Mis amigos tienen sus propias opiniones al respecto. A unos les gustan las morenas; a otros, las rubias; a otros, las negras; a otros, las chinas...

Por mí parte, no veo en ello nada reprochable.

En cuanto a mí, yo prefiero las pelirrojas.

Altas o bajas, gordas o flacas, listas o tontas, me da lo mismo la clase, tamaño, forma y nacionalidad.

Desde luego, hay quien pone muchos reparos a esta clase de mujeres: que si su piel se aja más deprisa, que si tienen un carácter raro, que si son veleidosas, materialistas, presumidas...

Nada de eso me preocupa, aunque sea cierto.

No, ¡Diablos! no me preocupa en absoluto.

¿Qué por qué soy así?

Me gustan las rubias por sus especiales cualidades. Y no soy yo el único que las prefiere. Me gustan también las morenas por ciertos detalles de su personalidad. Y hay quien me da la razón en ello. Y así podría ir enumerando las distintas variedades de hembras que alegran las calles.

Pero, de verdad, si alguien me pregunta sinceramente, yo le respondería que como las pelirrojas, ¡ni hablar!

Las pelirrojas son la sal de la vida...

Donde haya una pelirroja, que se quiten las demás.

Bueno, dejemos esto. Después de todo, no pienso pedir disculpas. Lo que yo hago es asunto mío.

Y si aquella noche, a las diez, decidí apostarme en la esquina de aquellas dos calles para conquistar a una pelirroja, no tengo que dar explicaciones a nadie.

Vamos, digo yo...

Quizá estaba demasiado bien vestido. Quizá hubiera sido mejor no

guiñar el ojo. Pero también esto es cuestión de opiniones, ¿no?

Yo tengo las mías, y otros tendrán las suyas.

Y si la muchacha alta peinada a lo paje me miró con desprecio murmurando: «Viejo asqueroso», opino que allá ella. Estoy acostumbrado a estas reacciones y no me incomodan lo más mínimo.

Pasaron por mí lado dos jovencitas muy monas vestidas con tejanos. Ambas tenían el cabello como la miel. Sin duda eran hermanas.

Pero no podían ser para mí.

Demasiado jóvenes.

Este detalle suele traer complicaciones, y a mí no me gustan las complicaciones.

No; detesto complicarme la vida.

Soy un tipo listo, ¿a que sí?

Era una cálida y hermosa noche de finales de primavera. Se veía pasear a muchas parejas.

Sobre todo, me llamó la atención una pelirroja. Recuerdo que iba acompañada de un marinero. Y recuerdo también que sus pantorrillas me parecieron las más deliciosas que viera en mi vida.

Pero la acompañaba un marinero...

Luego vi a una con un niño y a otra con un grupo de oficinistas que habían ido a la ciudad a divertirse y a otra a la que casi le dirigí la palabra, pero en el último instante apareció el novio que estaba aparcando el coche.

¡Oh, les aseguro que era para desesperarse!

Todo el mundo parecía tener una pelirroja menos yo.

A veces, esta situación ha durado semanas enteras. Naturalmente, las pelirrojas no abundan. Lo bueno no abunda, claro.

Pero estas cosas las tomo con filosofía...

Miré el reloj. Eran las once. Entonces decidí ponerme en camino.

* * *

Yo podía ser un «viejo asqueroso», pero conocía el paño.

En todas partes puede haber pelirrojas...

En aquel momento, sabía que el lugar más propicio para encontrar alguna era el «California». Desde luego, no es más que un triste salón de baile. Pero, que yo sepa, no existe ninguna ley contra ello.

No había ley que prohibiera entrar y echar una ojeada desde la puerta antes de comprar los «tickets».

No había ley que me prohibiera mirar y escoger.

Claro que los bailes públicos no me atraen demasiado. Eso que llaman «música» me lastima el oído y el mero espectáculo del baile hiere mi sensibilidad. Hay en él un efluvio de grosera sensualidad que me repugna.

Pero, por lo que se ve, todo entra en el juego.

Sí, en el juego del amor...

Del amor o lo que sea. Que cada cual va a lo suyo. Y todo depende del gusto de cada cual.

Aquella noche, el «California» se hallaba muy concurrido. Estaba el pleno de los habituales del local: mozos de estaciones de servicio que lucían largas patillas, maduros petimetres con trajes de línea juvenil, pequeños filipinos de mirada triste y solitarios soldados con permiso.

Y, mezclándose entre ellos, las chicas.

¡Qué chicas!

¿De dónde diablos sacarán los vestidos que se ponen? Son increíbles. Esos atroces modelos color carmesí, naranja, cereza, fucsia... esas fachas negras con amplio escote.

¿Y quién las peina? ¿Quién les corta ese flequillo de caniche? ¿Quién les marca esos ricitos pegados a las sienes? ¿Quién cuida esas melenas aleonadas?

Con la cara pintarrajeada de rojo y blanco y adornadas con tintineante bisutería, parecen vaquillas premiadas en algún concurso de ganado.

Bueno, en cierto modo, también ellas son ganado.

Y, no obstante, había allí algunas reses de campeonato.

No quisiera pecar de incorrecto; solo pretendo ser justo. En medio de aquel tufillo de perfume barato, desodorante, cigarrillos y talco, en aquel ambiente de música y promiscuidad no faltaba la belleza.

Sí; sí, no se rían.

¿Poesía barata?

¡Soberana verdad!

Había una muchacha alta, con cuerpo de reina y ojos soñadores. Desde luego, no era más que una simple morena; pero a mí no me ciegan los prejuicios.

Había una rubia que bailaba con serena majestad. Su cuerpo era como un cirio blanco coronado por una llama dorada.

Y había una pelirroja...

¡Sí, había una pelirroja! Muy joven aún, con unas carnes excesivamente infantiles y que daba claras señales de fatiga, pero tenía lo que yo buscaba. Era una auténtica pelirroja, pelirroja hasta la médula.

Si hay algo que no puedo soportar son las pelirrojas falsificadas de pelo teñido, o esas «pelirrojas a medias» que antes de los treinta se han vuelto castañas.

Me han engañado más de una vez; pero ya las conozco.

Sí, desde luego que las conozco.

Aquella no, aquella era una pelirroja auténtica, una verdadera diosa de la primavera.

¡Cómo estaba la condenada!

La observé mientras evolucionaba por la pista, presa de indescriptible aburrimiento. Su pareja era un palurdo, un ranchero de visita en la ciudad. Vestía ropas caras, pero por el blanco cuello de la camisa asomaba un delator cogote colorado.

Sí, y si la vista no me engañaba, bailaba con un palillo entre los dientes. Tomé mi decisión.

Manos a la obra.

Compré diez dólares de «tickets» y esperé a que acabara la pieza.

A aquella pelirroja no podía dejarla escapar.

No señor; no.

Por supuesto, en el «California» tocan números cortos. El negocio es el negocio.

Así que al cabo de un minuto cesó el clamor.

Mi pelirroja se quedó sola al borde de la pista. El ranchero había ido a sacar más «tickets».

Era mi ocasión.

Me acerqué a ella y le enseñé mi puñado de cartoncitos.

—Hola, preciosa.

—Hola, abuelo.

—¿Quieres bailar?

—Qué remedio...

Claro, para eso estaba ella allí.

Desde luego, se notaba que estaba cansada.

Llevaba un traje color esmeralda, bastante escotado y sin mangas. Tenía pecas en los brazos y, por sorprendente que ello pueda parecer, también en los hombros y en el escote. Sus ojos parecían verdes, pero sin duda era por el vestido. Con seguridad eran castaños.

Empezó la música.

Quizás, al decir que no me gusta el baile, di la impresión de que no era un buen bailarín.

No quisiera pecar de inmodesto, pero ello dista mucho de ser verdad. He procurado convertirme en un consumado maestro en el arte de la danza. Ello me ha servido de gran ayuda para entrar en relaciones. Con toda clase de pelirrojas, claro.

Y aquella noche no fue una excepción.

Se me iba a dar de perlas...

En efecto, no hacía ni treinta segundos que habíamos salido a la pista, cuando ella me miró, me miró «viéndome», por primera vez.

—¡Vaya! ¡Qué bien baila usted, abuelo!

Aquella observación fue todo lo que yo necesitaba.

Junto con la ingenuidad de su tono de voz me permitió hacerme una

idea bastante aproximada de su carácter y su pasado. Probablemente se trataba de una muchacha provinciana que vino a la ciudad en cuanto salió de la escuela. Quizás viniese con algún hombre. Si no, poco debió tardar en encontrarlo. Desde luego, la cosa acabó mal. Quizás entonces entrase a trabajar en un restaurante o en unos almacenes, y conociese a otro, y creyese que en una sala de baile todo sería más sencillo.

De modo que allí estaba.

Para mí deleite.

¿Qué es mucho deducir de una mera observación?

¡Sí, pero he conocido a tantas pelirrojas en situaciones análogas, todas con la misma historia!

Las que te dicen «¡Hola!» son todas iguales.

Y no lo digo en tono de crítica.

Da la casualidad de que estas son las que más me gustan.

Debió darse cuenta de que me gustaba, desde luego, por mi modo de bailar. Yo sabía cuál sería el siguiente comentario.

Sin duda, este:

—Por lo que se ve, aún le quedan energías a su edad.

Yo sonreí, sin incomodarme lo más mínimo.

Le hice un guiño.

—Soy más joven de lo que parezco. ¿Sabes una cosa? Podría seguir bailando con usted durante toda la noche. Y algo me dice que no sería mala idea.

—Eso es muy halagador.

—Lo digo en serio.

—¿De verdad, abuelo?

Pero me miró, preocupada.

Se lo creyó.

Era lo que yo quería.

Le di casi un minuto de tiempo para que la idea arraigara. Entonces cambié el disco.

—Quiero decirle una cosa.

—Le escucho, abuelo.

—No quiero engañarla. Soy como los demás hombres que usted conoce... y me siento solo. No preguntaré si no podríamos ir a algún sitio donde pudiéramos hablar, porque conozco la respuesta. Usted me dirá que aquí le pagan para que baile.

—Ajé.

—Pero si compro, digamos, otros veinte dólares de «tickets» usted queda libre y podemos ir a tomar unas copas.

—Ni hablar.

Volví a guiñar el ojo.

—Sentados. ¿No le gustaría sentarse?

—Bueno, la verdad es que no sé...

—Claro que no sabe. Pero yo sí. Mire, si teme que me propase, le diré que soy lo bastante viejo para ser su abuelo.

Saltaba a la vista, y lo pensó. Le tentaba la perspectiva de sentarse.

—No sé qué hacer.

—Decídase. El mundo es de los decididos.

—Usted me parece demasiado listo. Se sabe todas las respuestas.

—Tengo experiencia y he vivido, porque soy viejo. ¿Eso es malo?

—No; supongo que no...

—¿Entonces?

—Supongo que no hay inconveniente. ¿Nos vamos? Hum... ¿cómo se llama usted?

—Abraham Lincoln.

—¿Me toma el pelo?

—No. Ese es mi nombre. Confieso que es una coincidencia, pero yo no tengo la culpa de que él fuera mi antepasado. ¿Y usted, cómo se llama?

—Shirley Hogan.

—*Okay*, Shirley, ¿a qué estamos esperando?

La conduje hasta el borde de la pista, fui a comprar los «tickets» y me puse de acuerdo con el encargado mientras ella iba a empolvarse la nariz y a buscar su abrigo.

La propina me costó otros diez dólares, pero los di por bien empleados.

¿Para qué regatear?

Yo soy de la opinión de que todo el mundo tiene que comer.

La pelirroja no tenía mala pinta, cuando se hubo quitado un poco de «rímel». Y, en efecto, sus ojos eran castaños. Sus brazos eran suaves y bien torneados.

Con la mayor galantería, la acompañé al bar situado en la misma calle, algunas puertas más abajo y, cuando encontramos una mesa tranquila y apartada, colgué su abrigo.

La camarera era una de esas morenas flacas de tez amarillenta. Llevaba pantalón y mascaba chicle. Ni por un momento se me ocurriría tenerla en cuenta. Pero cumplió su cometido: traernos de beber.

No podía compararse a mí pelirroja.

Ni hablar; no podía...

Pedí dos whiskies y la pelirroja no dijo ni pío.

Pagué, sin olvidar la propina, pues exigí servicio rápido, y la morena hizo chasquear el chicle en amistosa señal de agradecimiento.

Nos dejó solos.

Ofrecí mi vaso a Shirley.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que yo no bebo.

—Espere un momento, señor Lincoln. ¿No estará tratando de emborracharme?

Adopté el tono de un anciano profesor reprimiendo a la clase.

—¡Mi querida niña, por favor! Si usted no quiere beber nadie va a obligarle a hacerlo.

—*Okay*. Solo que una chica tiene que andar siempre con pies de plomo.

La forma en que vació el vaso desmintió sus palabras. Luego empezó a jugar con el segundo vaso.

—Para usted no debe ser muy divertido cómo yo bebo.

—¿Por qué no? ¿Acaso no le dije que me encontraba solo y que deseaba tener a alguien con quien hablar?

—Una chica tiene que oír a veces cosas muy graciosas. Pero, francamente, usted me desconcierta. ¿De qué quiere que hablemos?

Pregunta fácil.

—De usted.

—¿De mí?

—Sí, de usted. ¿Por qué se extraña?

—Yo soy una chica sencilla. Yo no tengo ninguna importancia. ¿Por qué quiere perder el tiempo hablando de mí?

—Usted se equivoca. Usted es una chica interesante. Lo adiviné en cuanto la vi en la pista, bailando.

—¿Yo, interesante?

—Sí, usted.

* * *

A partir de aquel momento, ni siquiera tuve que molestarme en pensar qué era lo que tenía que decirle. Todo iba sobre ruedas. Mi mente podía recrearse libremente en los vivos encantos de la muchacha, en su frescor y lozanía. ¿Qué falta hacía un cerebro en un cuerpo como aquel?

Sí, ¿qué falta hacía?

A mí, ninguna, desde luego.

Me contenté con dejarla hablar y con pedir más *whisky* cada vez que el vaso se quedaba vacío.

—Y no sabe usted cómo muele los pies este trabajo...

La interrumpí con una sonrisa.

—Discúlpeme un momento. Quisiera saludar a un viejo amigo.

Me dirigí al otro extremo del bar.

El acababa de entrar en compañía de una negra muy atractiva. Normalmente, hubiera fingido no conocerle, pero su forma de mirarla despertó en mí la tentación de intervenir.

—Hola.

—Hola, ¿qué haces tú por aquí?

—Ya ves, lo mismo que tú. Ya sabes que las pelirrojas son mi debilidad. Encontré una. Mírala, allí está.

Miró hacia donde estaba Shirley y me hizo un gesto de aprobación.

—Bueno, ya sabes que lo que a mí me van son las negras. Tu pelirroja no está mal...

—Sobre gustos no hay nada escrito. Tu negra no está mal, pero no puede compararse con mi pelirroja.

Ambos nos echamos a reír.

—No nos vamos a pelear, ¿eh?

—Claro que no. Cada cual a lo suyo. Oye, ¿dónde te hospedas?

—En los «Apartamentos Mayflower». ¿Y tú?

—En las afueras.

Volvimos a reírnos.

—Bien. No quiero molestarte más. Solo deseaba saber si tenías alguna dificultad.

En absoluto. Todo marcha perfectamente.

—*Okay*. Estos días tenemos que ser prudentes, con toda esa publicidad barata que se ha lanzado sobre nosotros...

—Ya lo sé.

Se despedió haciendo un gesto con la mano.

—Buena suerte.

—Igualmente.

Volví a mí mesa. Me sentía plenamente satisfecho.

Shirley también. Durante mi ausencia había pedido otro *whisky*. Yo pagué y di propina a la camarera.

La pelirroja exclamó:

—¡Vaya! ¡Buen aire le da usted al dinero!

—El dinero no significa nada para mí. Esto para usted.

Separé del fajo cinco billetes de a veinte dólares.

—¡Caramba, señor Lincoln! ¡Cien dólares! No puedo aceptar...

—No seas tonta, muchacha. En el lugar de donde lo saqué queda todavía mucho. Me gusta verte contenta. Nos tuteamos, ¿verdad?

—Claro.

Cogió el dinero. Es lo que hacen todas. Y, si están tan bebidas como Shirley, su reacción es siempre la misma.

Me cogió una mano. Pero siguió sin tutearme.

—Oiga, es usted un chico simpático, Nunca conocí a nadie que fuera así de amable y generoso. Y no trata de tomarse libertades.

Retiré la mano.

—Tienes razón. Nada de libertades.

Esto la dejó perpleja.

—No le entiendo, señor Lincoln. A propósito, ¿de dónde sacó todo ese dinero?

—Lo cogí. Es fácil, cuando se conoce el truco.

—Está tomándome el pelo. Hablando en serio, ¿en qué se gana la vida? Contesté sonriendo.

—Te asombraría si lo supieras. En realidad, estoy retirado. Dedico todo mi tiempo a mis aficiones favoritas.

—¿Quiere decir que se dedica a la pintura y a la lectura y a cosas así? ¿Es coleccionista?

—Exacto. Pensándolo bien, creo que te gustaría conocer mi colección.

—¿Me invita a que vaya a ver sus cuadros?

Yo seguí la broma.

—Eso es. No te negarás, ¿verdad?

—No. Estaré encantada. Vámonos, abuelo.

Lo de «abuelo» no me hacía ninguna gracia. ¡Pero era una pelirroja tan apetecible! Incluso con unas copas de más estaba exquisita. Lo que los jóvenes dicen «muy apetitosa».

Mientras cruzábamos el bar en dirección a la puerta, media docena de miradas me taladraron por la espalda. Me figuré lo que estarían pensando: «¡Hay que ver, ese viejo fósil con una muchacha! Pero, ¿dónde iremos a parar?».

Desde luego, todos volvieron a concentrarse en sus bebidas, pues en realidad nadie desea saber dónde iríamos a parar. ¡Que caigan bombas, que vuelen platillos! La gente sigue sentada en el bar, emitiendo juicios entre copa y copa.

Claro que a mí este estado de cosas me va a las mil maravillas.

También Shirley me iba a las mil maravillas, de momento.

No tuve la menor dificultad en encontrar un taxi ni en meterla en él.

Al chofer le dije:

—«Apartamentos Mayflower».

Shirley se acurrucó a mí lado.

Yo me aparté.

—¿Qué le pasa, abuelo? ¿Es que no le gusto?

—Claro que me gustas.

—Pues no haga como si temiera que fuese a morderle.

—No se trata de eso. Pero cuando te dije que mis intenciones no iban por ahí, no te engañé.

Se recostó en el asiento, plenamente satisfecha.

—Por supuesto, por supuesto. Bueno, vamos a ver sus cuadros.

El taxi se detuvo.

Reconocí el edificio.

Di al chofer un billete de diez dólares y le dije que se quedara con el cambio.

Shirley comentó:

—No acabo de entenderle, señor Lincoln.

—¿Por qué?

—Esa manera de tirar el dinero...

Yo me reí.

—Digamos que lo hago en son de despedida. Dentro de poco me marchó de la ciudad.

—Ah, ¿sí?

—Sí, monada.

La cogí del brazo y entramos en el vestíbulo. En el ascensor no había nadie. Oprimí el botón del último piso. Lentamente, fuimos subiendo.

Mientras ascendíamos, Shirley se serenó bruscamente. Me miró de frente y me cogió por los hombros.

—Oiga, señor Lincoln, usted no será homosexual, ¿verdad?

—No; claro que no, pequeña.

—Oiga, señor Lincoln, acaba de ocurrírseme una cosa. Una vez vi una película que... bueno, lo que yo quiero decir es que ese despilfarro y ese viaje del que habla... No estará usted enfermo, ¿verdad? No le habrá dicho el médico que va a morir de un momento a otro, ¿eh?

Aquella solicitud resultaba conmovedora, por lo que me eché a reír.

—Puedo asegurarte que tus temores carecen de fundamento. Tengo mucha vitalidad y espero conservarla durante bastante tiempo todavía.

—Magnífico. Me quita un peso de encima. Me gusta usted, señor Lincoln.

—Y tú a mí, Shirley.

Retrocedí a tiempo de esquivar un abrazo.

El ascensor se detuvo.

La conduje por el pasillo hacia la escalera.

—¡Oh, vive en el ático!

Ahora estaba realmente excitada.

—Tú primero.

Subió delante de mí.

Al final de la escalera se detuvo, perpleja.

—Aquí hay una puerta. ¿Da al tejado?

—Sigue adelante.

Salió a la azotea y yo la seguí. La puerta se cerró detrás de nosotros y todo quedó en silencio.

Todo estaba quieto, con quietud de medianoche. Todo estaba hermoso, con hermosura de medianoche.

Debajo de nosotros se extendía el oscuro cuerpo de la ciudad, adornado

con collares de neón y pulseras y sortijas incandescentes. Es un espectáculo que he visto muchas veces, desde el aire y desde las azoteas, y siempre me entusiasma.

En el lugar del que yo vengo todo es distinto.

No es que desee cambiar, la ciudad resulta interesante, sí, pero para venir de visita; no me gustaría vivir aquí.

Me quedé absorto contemplando las calles.

La pelirroja también estaba absorta; pero no miraba las calles.

Seguí la dirección de su mirada. Iba hacia el extremo opuesto de la azotea. En la oscuridad, el ataúd de superficie brillante y pulimentada reflejaba la luz lechosa de la luna llena.

El ataúd estaba perfectamente escondido de la vista de los edificios vecinos y tampoco desde la puerta de aquella azotea era posible distinguirlo.

Pero Shirley acababa de descubrirlo.

—¡Mire, señor Lincoln!

Yo miré.

—Parece un ataúd. ¿Quién puede habérselo olvidado ahí? ¿Usted que cree que es un ataúd? ¿Estará Vacío... o lleno?

—Está vacío.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque es mío.

—¿Suyo? ¿Y qué diablos hace usted paseándose por ahí con un ataúd? ¡Ah, vamos...! Es usted propietario de una funeraria... pero; no, usted me dijo que estaba retirado, ¿verdad?

—Así es.

—¿Entonces...? No lo entiendo.

—Verás, Shirley, trataré de explicártelo, aunque no sé si me vas a entender del todo. En el lugar donde vivo... bueno, lo de vivir es una forma de hablar, claro. Bien, pues allí nos hemos juntado un grupo de amigos con aficiones similares. A todos nosotros nos gustan las mujeres. Solo que a uno le gustan rubias; a otro, morenas; a otro, negras; a otro, chinas; y a mí... bueno, a mí me gustan pelirrojas, como tú. Tendrías que ver las colecciones de mis amigos. Uno de ellos tiene una sala de trofeos repleta; ya no le cabe ni una más.

—¡Está usted loco!

Pero siguió escuchándome. Escuchándome y retrocediendo.

—Un amigo mío tiene ejemplares de todos los países. Otro, el que hemos visto esta noche en la cafetería, se dedica a tipos melanesios. Muchos de nosotros venimos aquí con bastante frecuencia, y, a pesar de la publicidad que últimamente se ha desplegado a expensas nuestras, resulta divertidísimo.

Me encontraba muy cerca de ella. Había dejado de retroceder, pues estaba al borde del tejado.

—En cuanto a otro de mis amigos, su especialidad son las rubias. Solo colecciona rubias. Tiene un ramillete precioso, todas momificadas. Otro, sin embargo, prefiere no momificar sus ejemplares, sino sacarles parte de la sangre y dejar que vuelvan a llenarse por sí mismos. Unos los conservan en tanques, otros los momifican. En cuanto a mí, yo colecciono pelirrojas.

Los ojos de ella se salían de sus órbitas y apenas tuvo aliento para preguntar:

—¿Y va a momificarme a mí?

No pude menos que echarme a reír.

—De ninguna manera, preciosa. Tranquilízate. Y tampoco pienso meterte en un tanque de conservación. Lo único que a mí me interesa coleccionar de mis pelirrojas es el cabello.

—Está... riéndose de mí.

—¡Oh, no! Mis amigos dicen que tengo ideas extravagantes, pero yo me divierto así. Solo colecciono sus cabellos. El resto me lo como. A mí me gustan las pelirrojas. Me gusta su carne cruda, fresca, recién muertas.

No tuve que hacer nada. Se desmayó en mis brazos.

Todo salió a pedir de boca. No hubo necesidad de hacer una escena en la azotea. Me limité a meterla en el ataúd.

No me dio tiempo a decirle que mis amigos y yo veníamos del otro mundo, que éramos muertos vivientes.

Y ya no tendría ocasión de decirle nada más, pues enseguida ella iba a pasar a mejor vida.

¡Mejor vida! ¡Qué frase tan usada!

Desde luego, la gente recordaría al viejo que salió del baile en compañía de una tal Shirley. Además, por toda la ciudad dejó un reguero de billetes. Se realizaría una investigación, por supuesto.

Siempre se realizaba la investigación.

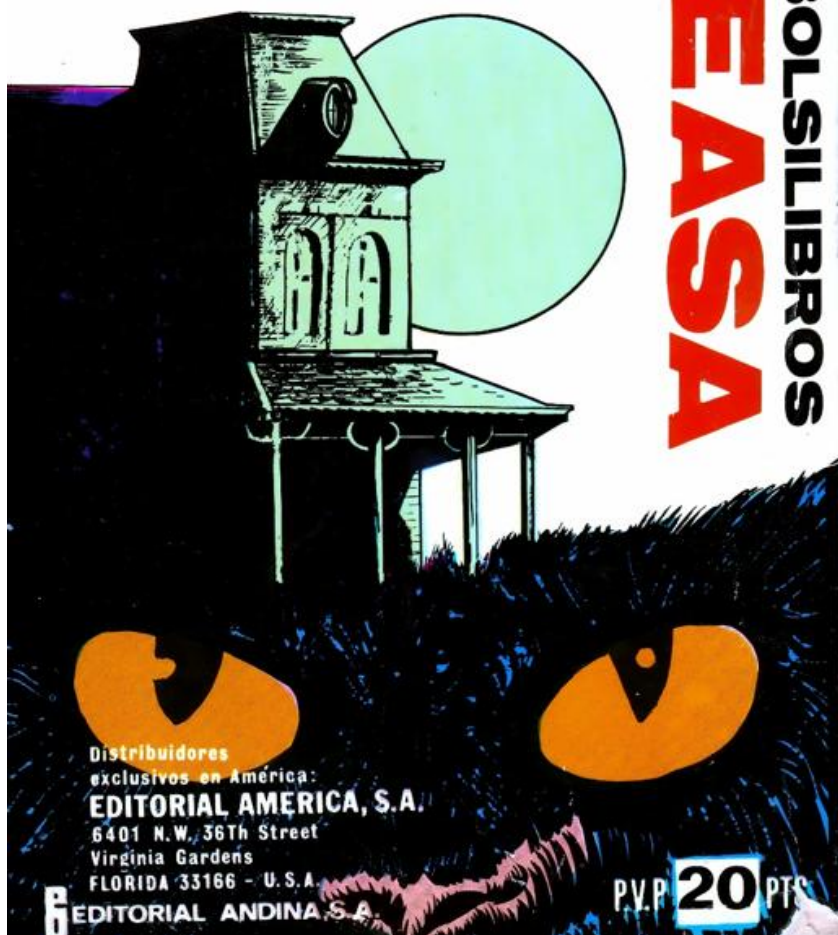
Pero no me preocupaba. ¿Cómo iban a relacionarme con un tal Abraham Lincoln? Yo, un pobre viejo que había perdido a su sobrinita y que la llevaba en su ataúd para enterrarla en el panteón familiar.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMÉRICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA S.A.

PVP **20** PTS